3667

MANUEL LINARES RIVAS

DOÑA DESDENES

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

inspirada en una obra húngara

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD

TERCERA EDICIÓN

Copyright, by Manuel Linares Rivas, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

5

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/donadesdenescome3015lina

DOÑA DESDENES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DOÑA DESDENES

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

MANUEL LINARES RIVAS

inspirada en una obra húngara

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA el 30 de Enero de 1912

TERCERA EDICIÓN

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 17 DUP.°

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ISABEL (Doña Desdenes).....	SRA.	GUERRERO.
PEPITA JIMÉNEZ.....		RUIZ.
LA CONDESA DE SIETECASAS.....		JIMÉNEZ (C.)
JULIA DEL TIR.....	SRTA.	GELABERT.
CRIADA 1.ª.....		RIQUELME (E.)
IDEM 2.ª.....		GARCÍA.
IDEM 3.ª.....		RIQUELME (S)
SANTIAGO VALLE.....	SR.	DÍAZ DE MENDOZA.
PABLO.....		DÍAZ.
PÉREZ.....		MESEJO.
FERNÁNDEZ.....		CARSÍ.
SEBASTIÁN.....		MONTENEGRO.
DON PRUDENCIO.....		THUILLIER.
RODRIGO.....		TOVAR.
MATÍAS.....		GUERRERO.
GONZALO.....		GONZÁLVEZ.
EL CABO GARCÍA.....		JUSTE.
UN SOLDADO (que no habla).		COVISA.

La acción en España.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Una explanada con árboles. A la izquierda el jardín y la casa de Isabel Deloria, en el campo. A derecha un banco. La luna ilumina el foro dejando en penumbra, al final del acto, los primeros términos.

ESCENA PRIMERA

PEREZ en escena. FERNANDEZ, saliendo de la casa

FERN. ¡Pérez!

PÉREZ ¿Qué hay, Fernández?

FERN. Otro talón para recoger más cosas del ferrocarril.

PÉREZ ¿Han venido ya con las otras?

FERN. Aún no.

PÉREZ En cuanto lleguen, manda a buscar eso ¿Qué es?

FERN. Vino. Jerez, Oporto y Champagne.

PÉREZ Bien; el Oporto que lo calienten, el Champagne que lo hielen y el Jerez que lo dejen reposar nada más.

FERN. Bueno. ¿Qué te parece, Pérez?

PÉREZ Como a ti, Fernández: un derroche.

FERN. Así vivimos.

PÉREZ Y así bebemos.

FERN. Es la misma idea.

PÉREZ La misma. Quien dice vivir, dice beber; quien dice beber, dice dormir, y como la

669621

vida es sueño, según opinaba uno que hacía versos... pues estamos conformes, Fernández.

FERN. Conformes, Pérez.

PÉREZ Y todo ese trajín, y ese almacén de provisiones, para que disfruten los caballeritos militares de esa columna volante que anda recorriendo los montes vecinos en persecución de la partida que se levantó hace días.

FERN. La guerra trae esto consigo y no debemos quejarnos de que se obsequie a quien nos defiende.

PÉREZ Claro que no.

FERN. Pero también es casualidad que vengan precisamente a detenerse aquí.

PÉREZ Con tu manera de discurrir no podrían pararse en ningún lado, porque dirían: «Es casualidad que se detengan aquí y no en otra parte.»

FERN. No había caído en eso.

PÉREZ Pero aquí, además, hay motivo: el Teniente Coronel que manda las fuerzas es uno de los que rondan a nuestra señorita, y el hombre se habrá dicho: «Pues de paso que voy con la volante, veré a la fija...

FERN. ¿Y tú crees que ella?...

PÉREZ Ni a ese ni a ninguno. Muy amable y muy fina, pero en cuanto tocan la tecla de los amoríos, se pone tan desdeñosa con todos, que por eso han dado en llamarla «Doña Desdenes».

FERN. Para no ir a nada serio, mira que se gasta una barbaridad.

PÉREZ Después de todo, la señorita lo paga; tiene gusto en pasar una noche con esos militares...

FERN. Y ellos también lo tendrán.

PÉREZ Son cosas recíprocas, Fernández.

FERN. Ya lo sé, Pérez.

PÉREZ Y a qué lo vamos a criticar. Y ten en cuenta que este poquito de jolgorio lo inició la señora de Jiménez, Pepita Jiménez, y la nuestra no hizo más que complacerla.

FERN. ¿Y eso?...

PÉREZ Por lo visto, la doña Pepita se enteró de que con los húsares venía un húsar...

FERN. Vendrán varios.

PÉREZ Uno que le interesaba.

FERN. Yo era más generoso permitiendo que le interesaran varios.

PÉREZ Pues ella fué; que la señorita Isabel no es muy amiga de bromas. No he visto viuda más viuda que esta.

FERN. Y con el dinero suyo bien podía divertirse.

PÉREZ Van ya cuatro años, pero guarda mucho la memoria del difunto. Y eso que el difunto tenía muy mala memoria, porque a mí no me dejó nada, a pesar de sus ofrecimientos.

FERN. ¿Y cómo se casaría una mujer tan guapa con aquel vejestorio?... Por... (Señal de dinero.)

PÉREZ Eso no estorbó; pero hubo algo más. La señorita, cuando era más señorita que ahora, vamos, más soltera...

FERN. Ahora no lo es nada.

PÉREZ Bueno: entiéndeme, Fernández. Tenía amores con un teniente de húsares...

FERN. ¿Otro húsar?... A las señoritas de aquí, veo que les gusta el arma.

PÉREZ Pero no sé qué pelotera tuvieron, que él pidió su traslado de guarnición, y ella, a los dos meses, estaba casada.

FERN. ¿De rabiosa?

PÉREZ Es de suponer. Te digo, Fernández, que no se puede dejar dos meses a ninguna señora.

FERN. Menos mal que algunas enviudan.

PÉREZ Pero no se puede tener con todas esa esperanza. A mí se me casó una novia con un viejo rico, que dió palabra de morirse en seguida. De esto van once años... Bueno, pues me está faltando a su palabra y no se muere.

FERN. ¿También era militar?...

PÉREZ También. En donde aparecen, se las llevan todas.

FERN. El uniforme, que es precioso.

PÉREZ Sí que lo es; pero les quitas el uniforme y son lo mismo que un paisano.

FERN. Eso es verdad, Pérez.

PÉREZ Por eso te lo digo, Fernández.

FERN. Ya estan ahí los primeros.

ESCENA II

DICHOS; el TENIENTE RODRIGO y el CABO GARCIA por el foro

ROD. Paisanos... ¿La casa de la señora viuda de Deloria?

PÉREZ Esta es.

ROD. Gracias.

PÉREZ Vamos a avisar. (Mutis por la casa Fernández y Pérez.)

ROD. Cabo García, que echen pie a tierra los hombres. Aquí descansaremos. Y que vayan dos al camino para guiar al resto de la fuerza.

CABO Enterado. ¡A la orden! (Mutis por el foro.)

ESCENA III

El TENIENTE RODRIGO: el CAPITAN SANTIAGO VALLE por el foro

SANT. Rodrigo...

ROD. (Saludando militarmente, pero afectuoso.) ¿Mi capitán?...

SANT. ¿Es aquí donde pernoctamos? Haga usted el favor de saludar a la señora de la casa en nombre del Teniente coronel y de la oficialidad.

ROD. ¿Usted no entra?

SANT. No.

ROD. ¿Luego, al baile?

SANT. Tampoco: estoy de servicio.

ROD. La guardia es del capitán...

SANT. Mía. He cambiado con él. Prefiere bailar y yo prefiero dormir después de la jornada.

ROD. A gusto de usted. (Mutis Rodrigo por la casa.)

ESCENA IV

SANTIAGO, el SARGENTO PABLO, por el foro. Santiago mira a la casa y luego, encogiéndose de hombros, vuelve la espalda

SARG. Mi capitán... (Más alto.) ¡Mi capitán!...

SANT. (Brusco.) ¿Qué?

SARG. (¡Hay nublado: malo!) (Cuadrándose.)

SANT. ¿Qué?

SARG. Al carro de las provisiones se le salió una rueda...

SANT. Avisa al maestro carpintero, si hay maestro. Si no, que la aten con cuerdas, si hay cuerdas, o con demonios. Si no rueda el carro, mañana, en cuanto lleguemos a Pamplona, tres días de calabozo, Sargento.

SARG. Rodará, mi capitán, rodará.

SANT. Puedes largarte.

SARG. (Tragando saliva.) Es...

SANT. ¿Qué es?

SARG. Pues que vienen cuatro caballos del escuadrón aspeados del todo.

SANT. Al profesor, que los cure.

SARG. *Ezo* desde luego.

SANT. Y que estén listos para mañana.

SARG. Se procurará; pero...

SANT. Mañana tienen que andar esos caballos, y si no, ya le estás diciendo al veterinario que en cuanto lleguemos a Pamplona le soplo cinco días de arresto.

SARG. Se lo diré... ¡¡y andarán, mi capitán, andarán!!

SANT. ¡Largo!

SARG. Es que...

SANT. ¿Qué?... ¿Qué?... Sargento, Sargento... no me ponga usted frenético...

SARG. ¿Soy yo el que le pongo frenético?

SANT. Sí.

SARG. Bueno. (¡De quién pagaré yo las culpas, Dios mío!)

SANT. (Parándose en uno de sus paseos.) ¿Qué hay? Acaba de una vez.

SARG. Hay dos números del primero enfermos.

SANT. Que llamen al capellán.

SARG. No creo que *zea* tan grave.

SANT. Pues al médico. ¡Mañana han de estar en pie esos hombres y si no, en cuanto lleguemos a Pamplona, los arresto!

SARG. (Cuando Santiago pasea siempre cuadrado.) En cuanto lleguemos a Pamplona ni Dios ve el sol! ¡Todo el mundo a las cochiqueras! ¡Maldita sea la suerte de nacer uno para militar y no para arzobispo o para monja o cualquier cosa de esas descansadas.

SANT. ¿Hay algo más?
SARG. No, señor.
SANT. Largo. Y a prepararse para la noche. (Aparece Pepita en la verja. El Sargento la saluda militarmente, muy risueño, y luego queda serio de pronto.)

ESCENA V

DICHOS y PEPITA en la verja

SANT. ¿No he dicho que largo?
SARG. Sí, señor.
SANT. ¿Es que hay algo más?
SARG. Hay...
SANT. Otra...
SARG. Una. Una en la verja.
SANT. Largo, Sargento.
SARG. A la orden. (Saluda y mutis por el foro.)

ESCENA VI

PEPITA y SANTIAGO

PEPITA (Saliendo a escena.) Señor capitan don Santiago Valle, ¿no quiere usted ya conocer a las amigas?
SANT. Pepita Jiménez. ¿Usted aquí?
PEPITA En el campo. A una hora de coche. Pero hoy nos reunimos algunas amigas, invitadas por la dueña de la casa, Isabel Deloria, vamos, la viuda de Deloria... ¿no la recuerda usted?
SANT. Sí; perfectamente.
PEPITA Pues invitadas por ella, para festejarles a ustedes, que bien lo merecen los bravos defensores de la patria.
SANT. Permítame usted que no acepte las alabanzas. Esto no es guerra ni nada que lo parezca. Unas partidas que se levantaron y que huyen dando gritos para justificar unas pesetas. Nada.
PEPITA Hace ocho días murieron no sé cuántos hombres.
SANT. En una sorpresa. Y por eso nos mandan, á

ver si podemos sentarles la mano; pero no hay peligro, no se pondrán a nuestro alcance. No quieren guerra leal, sino traicionera; luchan como mujeres... (Disculpándose.) Vamos, como algunas mujeres.

PEPITA (Señalando a la casa de Isabel.) Veo que es usted rencoroso.

SANT. ¿Por eso?...

PEPITA ¿Sigue la adoración por Isabel?

SANT. No.

PEPITA ¿El cariño?

SANT. No.

PEPITA ¿El interés?...

SANT. No. Nada. La indiferencia.

PEPITA ¿Y cómo es que aprovecha usted la ocasión para venir aquí?

SANT. Está usted equivocada. Vengo porque me mandan venir.

PEPITA ¿Pertenece usted a este regimiento?

SANT. Hace ya cuatro meses.

PEPITA No lo sabía, ni creo que lo sepa Isabel.

SANT. Es igual.

PEPITA Para ella, quizá no sea tanto. Un poco o un mucho de buena voluntad debe guardar a lo pasado cuando tan esquiva se muestra con lo presente. ¿Esto sí lo sabrá usted?

SANT. No. Yo no me cuido de averiguar noticias suyas.

PEPITA Viuda, rica y joven, no le sorprenderá a usted que tenga los pretendientes por centenares.

SANT. No.

PEPITA ¿Entre tantísimos, alguno habrá que merezca ser aceptado?

SANT. Es posible.

PEPITA Y a todos los rechaza doña Desdenes... Luego es evidente que aguarda por alguno de los que no se presentaron todavía.

SANT. Si con eso tiene usted la bondad de darme a entender que pudiera esperar por mí, sería una lástima, porque a mí, ni la Isabel de ayer ni la doña Desdenes de hoy me quitan un minuto de sueño.

PEPITA La verdad es que se portó mal con usted.

SAAT. No.

PEPITA Y usted no lo mereció... ¡Cuántas mujeres

se considerarían muy dichosas encontrando un caballero como usted.

SANT. Pocas.

PEPITA Muchas. Lo que pasa es que ustedes no se fijan en las que verdaderamente los aprecian.

SANT. Quizás... ¿Y su marido de usted qué tal sigue, Pepita?

PEPITA (Despechada) ¿Por qué habla usted ahora de mi marido?

SANT. Para enterarme de cómo sigue y subsanar la torpeza de no habérselo preguntado ya.

PEPITA Gracias por la atención. Sigue perfectamente. Tuvo un catarro por el invierno, pero ya se curó; esta primavera hizo un viaje a Madrid, pero ya ha vuelto; el domingo salió a cazar perdices, pero ya está en casa, sin perdices. Se levanta temprano, come con buen apetito, duerme la siesta y juega al tresillo, después lee un periódico y a las diez se retira. ¿Necesita usted saber algo más?

SANT. No, señora.

PEPITA Le he visto a usted desde el jardín y creí natural saludarle: ya estoy arrepentida.

SANT. En cambio yo estoy agradecido.

PEPITA ¿De verdad?

SANT. De verdad.

PEPITA ¿Quiere usted darme la prueba? Esta noche hay baile: sea usted mi pareja.

SANT. Yo no bailo.

PEPITA Hablaremos. ¿No habla usted?

SANT. Estoy de guardia, y no entraré en esa casa.

PEPITA ¿No entrará usted en esa casa?

SANT. No.

PEPITA ¿Es tan grande el odio?

SANT. No, no...

PEPITA ¿Y por qué no entra usted?

SANT. Porque estoy de guardia. Ya lo he dicho.

PEPITA ¿Nada más que por eso?

SANT. Nada más, y es bastante.

PEPITA (Dudándolo.) Sí...

ESCENA VII

DICHOS. RODRIGO, de la casa

ROD. ¡Pepita!... ¡La encantadora Pepita Jiménez!

PEPITA ¡Hola, Rodrigo!

ROD. ¿Y su marido de usted qué tal?

PEPITA Dígale cómo está, Santiago.

ROD. Supongamos que bien: me basta.

SANT. ¿Habló usted con la señora de la casa?

ROD. Entregué la tarjeta únicamente. Me dijeron que la señora estaba en su cuarto vistiéndose y no quise entrar. Mejor dicho, no me dejaron entrar.

PEPITA Que no es lo mismo.

ROD No.

SANT. Voy a confiarle a usted una misión agradabilísima. En mi nombre, ¿quiere usted ser hoy el caballero de esta dama?

ROD. Encantado. Con usted voy yo al infierno.

PEPITA Ya irá usted solo.

ROD. Es probable.

PEPITA Y para acompañarme pudo usted haber pensado en sitio mejor.

ROD. No me dieron tiempo.

PEPITA Y como es el primero que se le ocurre a usted siempre ¡a ese!

ROD. Si usted acepta, seré feliz con la interinidad esta que me proponen, y después que le haya hablado en nombre de mi capitán, me permitirá usted que la hable un poco en nombre mío... porque yo también tengo mis cositas que decir...

PEPITA Me las figuro. Santiago renuncia a los placeres mundanos.

SANT. Estoy de guardia.

ROD. Sí, la cambió con el capi...

SANT. (Severo.) ¡Rodrigo!...

PEPITA ¿Permutó usted con un compañero? Eso es no querer ir... Y no es lo que usted me dijo antes.

SANT. Perdón...

PEPITA ¿Tiene usted miedo a las mujeres?

SANT. Sí, señora. Ese fruto de amor, que suponen

tan dulce, para mí fué muy agrio. No lo deseo más.

PEPITA (Secamente.) Es un propósito discretísimo y se lo aplaudo. ¿Me da usted el brazo, Rodrigo?

ROD. Los dos.

SANT. Y lo que es el cortejo de los amores, las palabras cariñosas, los besos furtivos, el brillar de los astros en una noche clara, todo eso, aun me repugna más...

PEPITA (Que marchaba volviendo la cabeza y parándose, pero sin soltarse del brazo.) ¿Fué en una noche clara, poética, cuando le desengañaron a usted?

SANT. Quizás.

PEPITA ¿Isabel?

SANT. Quizás.

PEPITA Pues hoy con toda su filosofía, si lo es... y con todos sus desprecios, si lo son... va usted a sentir muchas repugnancias, porque la noche se presenta espléndida, clara y brilladora...

ROD. Créame usted a mí, Pepita. La noche se presenta divina.

PEPITA Bueno; pero haga usted el favor de no apretarme el brazo.

ROD. No hay intención...

PEPITA No, pero hay apretón... Y eso es lo que yo digo que no haya.

ROD. Muy bien.

PEPITA Adiós, Santiago.

SANT. Adiós, señora. (Mutis Pepita por la casa. Rodrigo allí se despide.)

ROD. Hasta luego, ¿eh?

PEPITA Hasta luego, sí.

ESCENA VIII

SANTIAGO y RODRIGO

ROD. ¿De veras no le importa a usted Pepita Jiménez?

SANT. No.

ROD. ¿De veras?

SANT. En absoluto.

ROD. Porque ahora, antes de que me importe

algo, cedo muy gustoso al amigo y al compañero.

SANT. Gracias.

ROD. Y después los hombres nos volvemos muy fieras... y ya no cedemos ante nada.

SANT. Gracias, gracias. Para mí, en absoluto, indiferente.

ROD. Pues en ese caso le voy a hacer el amor al galope.

SANT. Allá usted.

ROD. Es muy guapa, me gusta y además me coge en un año muy necesitado...

SANT. Ya le sobran a usted razones.

ROD. Pues decidido.

ESCENA IX

DICHOS. El teniente coronel DON PRUDENCIO, el capitán MATÍAS, el primer teniente GONZALO y el SARGENTO, por el foro

T. COR. Hola, señores. (Todos saludan militarmente.)

ROD. Ya he ido a saludar, pero estaba vistiéndose.

T. COR. Aguardaremos.

ROD. No creo que haya otro remedio.

SANT. ¿Pondré centinela aquí?...

T. COR. Claro. Y mándele usted que salude cuando pasen las señoras. Eso las conmoverá.

MATÍAS Y de conmoverlas se trata.

T. COR. ¿Pero cuidado, eh?

SANT. ¡Sargento!

SARG. ¿Mi capitán?

SANT. En esa casa se aloja el señor Teniente Coronel. Ponga usted ahí la guardia.

SARG. Muy bien. ¿Qué más?

SANT. Nada. (Se aleja.)

SARG. (¿Por esto no voy al calabozo?... ¡Bendito sea Dios!) (Mutis por el foro.)

T. COR. Aunque no temo que ocurra nada, sin embargo, no deje usted de colocar escuchas.

SANT. Confíe usted, mi Teniente Coronel.

T. COR. Ya lo sé.

ESCENA X

DICHOS. SEBASTIANCITO, de la casa

SEB. (Muy miope. A don Rodrigo dándole la mano.) ¡Mi coronel!...

ROD. Está allí.

SEB. Dispense. (A Santiago.) ¡Mi coronel!

SANT. Es el señor.

SEB. Dispense. (Abrazándole.) ¡Mi coronel!

T. COR. ¿Quién es usted?...

SEB. Sebastián Díaz. Sobrino de doña Isabel Deloria, por parte del marido, que era un tío mío, y así me hizo sobrino de ella.

T. COR. Muy bien.

SEB. Soy un entusiasta del ejército, y en cuanto supe que llegaban ustedes, vine escapado de Pamplona para que ustedes me manden.

T. COR. Muchas gracias. Y si le gusta la carrera, ¿por qué no es usted militar?...

SEB. Por las matemáticas, que las tengo tirria, y por los calabozos, que me dijeron que hay ratas.

ROD. Sí que las hay.

SEB. ¿Ve usted?... Pero me sé las ordenanzas al dedillo: pregúnteme usted algo, pregúnteme usted.

T. COR. Basta su palabra.

(El cabo García y tres soldados vienen por el foro con el Sargento, dejan un centinela y se van retirando de izquierda a derecha.)

B. Si no fuera por esos inconvenientes, estaba yo en una Academia, que toda mi ilusión es llevar el uniforme y cumplir el servicio. ¡No hay en el mundo nada más hermoso que mandar tropas, comprendiendo la enorme responsabilidad que sobre uno descansa! Estar a merced de la voluntad de uno los movimientos, la libertad y la vida de tantos hombres!... ¡Y saber que a mi voz habrían de obedecerme ciegamente!... Que se me ocurría mandar.. (Dando en voz alta las voces de mando.) Centinela... ¡Apunten por derecha!... ¡Fuego!... (El centinela obedece y dispara. Los Ofi-

ciales, que escuchan burlones, rodeando a Sebastián salen corriendo hacia donde están los soldados. Sebastián y el centinela se miran inmóviles y estupefactos.)

SARG. ¿Nadie?

CABO Nadie, nadie.

SARG. No hay ningún herido, no.

T. COR. Quite usted a ese bruto de ahí y ponga usted otro.

SARG. Como éste no queda.

T. COR. ¡Otro centinela, Sargento! Y a éste apúntele usted diez días de calabozo.

SARG. (Este ya llegó a Pamplona.)

(Cambia el centinela y mutis con el cabo García y los soldados por foro derecha. Santiago con ellos.)

T. COR. ¿Qué ha hecho usted, hombre?

SEB. (Todavía espantado.) ¿Ha muerto alguien?

T. COR. No.

SEB. ¿Me van a matar a mí?

T. COR. No.

SEB. Pues yo pagaré el gasto de la bala y dispensen ustedes el ruido.

T. COR. Pero le aconsejo a usted un poquito más de calma, que estas bromas suelen salir muy de veras.

SEB. Dispénseme.

ESCENA XI

EL TENIENTE CORONEL, RODRIGO, MATÍAS, GONZALO y SEBASTIAN; ISABEL, PEPITA y la CONDESA DE SIETECASAS, del jardín

ISAB. ¿Qué ha sido eso?

T. COR. Nada, señora. ¿Se asustó usted?

ISAB. No.

SEB. ¿Me permites que haga las presentaciones? Mi tía Isabel; Pepita Jiménez... casada, y el marido fuera; la Condesa de Sietecasas, viuda, así como suena, viuda... Mi querido amigo el coronel... (Abrazándole.) ¿Cómo se llama usted, mi querido amigo?

T. COR. Prudencio Pacheco.

SEB. Prudencio Pacheco. ¿Comprendes, tía?

ISAB. Sí, eso lo comprendo.

SEB. Y todos estos son oficiales...

T. COR. Rodrigo Huertas, Matías del Alamo y Gonzalo Charras...

ISAB Muchas gracias, señor Coronel, por haber aceptado mi hospitalidad de una noche.

T. COR. Y de más. Nosotros muy complacidos.

ISAB. Y le ruego que autorice a todos los caballeros oficiales para que honren mi casa.

T. COR. Irán todos, salvo el que esté de vigilancia, naturalmente.

ISAB. ¿A ese me permitirá usted que le envíe una copa de champagne y unos emparedados?

T. COR. Sí.

ISAB. Les ofrezco una cena modestísima y un rato de baile y de buen humor. El que traiga penas que las deje a la puerta: no se admiten.

T. COR. Prueba de que usted no las tiene.

ISAB. Y si las tuviera, de que sé rechazarlas.

MATÍAS Es usted preciosísima, Condesa.

COND. ¿Isima?

MATÍAS Sí.

COND. Aunque rebajemos, siempre quedará algo...

ROD. Pepita, la adoro a usted.

PEPITA ¿Ya?

ROD. Sí, señora. Marcharemos de madrugada. Si anochecido no empiezo a idolatrarla a usted, no va a quedarme tiempo para que usted se convenza.

PEPITA Usted tiene ganas de bromas, señor teniente.

ROD. De bromas, sí, señora... Pero también tengo ganas de algo serio... aunque sin esperanza.

ISAB. Comeremos a las nueve. Tienen ustedes una hora por suya y los cuartos preparados.

T. COR. Gracias.

ISAB. ¿Quieren ustedes entrar?

T. COR. Vamos, señores...

(El capitán Matías da el brazo a la Condesa y mutis por la casa; Rodrigo y Gonzalo ofrecen el brazo a Pepita.)

ROD. Usted ha llegado primero y no le privo de ese placer. (Unas cortesías, y al decidirse Gonzalo a dar el brazo.) Me parece que le llama a usted el Teniente Coronel.

GONZ. (Yendo.) ¡Mi Teniente Coronel!

T. COR. ¿Qué? No he llamado, nada; muchas gracias.

ROD. (Que ya está del brazo con Pepita, cuando vuelve Gonzalo.) ¿No había llamado?

GONZ (Secamente.) No.

ROD. (Cediendo el sitio.) Pues de usted es el sitio.

PEPITA Iré en medio, si no hay inconveniente.

ROD. En medio, en medio. Es lo indicado siempre. (Mutis por la casa los tres.)

T. COR. No puede usted imaginarse lo que yo deseaba una ocasión de hablar con usted.

ISAB. Hoy tendrá usted las que guste, y además yo las facilitaré.

T. COR. ¿De veras?

ISAB. ¿Por qué no? En la seguridad absoluta de que usted no ha de llevar la conversación a donde yo no pueda seguirla.

T. COR. ¿Hay vedado?...

ISAB. Sí. Pero con la discreción de usted no se necesitan avisos ni carteles.

T. COR. Soy discreto, lo reconozco; pero a veces no me reconozco a mí mismo.

ISAB. No será preciso; si lo fuera, yo me encargo de recordárselo.

SEB. Cumpliremos las órdenes de mi tía: «En cuanto hable dos minutos seguidos con una persona, acércate». (Aproximándose.) ¡Qué satisfacción la de verlos a ustedes por aquí, mi Coronel!

ISAB. Se vuelve loco por el ejército.

T. COR. Es lástima...

ISAB. ¿El qué?

T. COR. Que la locura le dé al sobrino solamente.

ISAB. Vamos, vamos, que tengo más gente en casa. (Mutis los tres por la casa)

ESCENA XII

SANTIAGO, por la derecha; luego, SARGENTO, por foro, y luego el CABO GARCÍA, por el foro también

SANT. (Viendo alejarse a Isabel.) ¡Muy risueña va!... Y yo soy tan cándido y tan torpe que aún siento emoción por escuchar su voz a lo lejos!...

SARG. ¿Habla solo?... ¡Malo!... Habrá que andar en un pie.

CABO Mi Sargento...

SARG. ¿Qué ocurre, Cabo García?

CABO ¿Da usted licencia para un paseíto? He visto en la ventana una mujercita que se ha reído cuando yo pasaba.

SARG. ¿Y qué?

CABO Y una mujer que se ríe cuando uno pasa, a lo mejor no se ríe cuando uno se queda.

SARG. Bien pensado.

CABO Es de la imaginación que tengo. ¿Da usted permiso?

SARG. Vete.

CABO ¡Olé los superiores!

SARG. Y avisa si ves dos.

CABO Puede que las haya, que la casa es grande. (Mutis el Cabo por el foro.)

ESCENA XIII

SANTIAGO y el SARGENTO

SARG. ¡Mi Capitán!

SANT. (Brusco.) ¿Qué?

SARG. (Espantado.) ¡Jezuz!

SANT. (Más suave.) ¿Qué?

SARG. ¿Habrá inconveniente en que los hombres se distraigan un poco?

SANT. No.

SARG. ¿Lo digo?

SANT. Sí. Pero sin cantos ni algazara, ¿eh? Al primero que chiste...

SARG. } (A un tiempo.) ¡En cuanto lleguemos a Pam-
SANT. } plona!...

SARG. ¡Perdón, mi Capitán!

SANT. (Vacilando entre incomodarse o reirse, dulcemente.) ¿Estoy de muy mal humor, Sargento?

SARG. El zoplido es de eso, sí, señor.

SANT. Y vosotros no tenéis la culpa.

SARG. Que zepamos, no, señor.

SANT. Al que ahora castigue, en cuanto lleguemos a Pamplona le perdonaré. Anda, di que se diviertan como puedan.

SARG. Mi Capitán, ¿me deja usted decirle que es usted muy bueno?

SANT. Por bueno me pasan tantas cosas malas.

SARG. Eso es del Cabo García.

SANT. ¿Eh?

SARG. Lo que usted ha dicho, que parece del Cabo García por lo rematado que está y por la sentencia que lleva dentro.

SANT. Bueno, bueno, vete. (Mutis el Sargento por el foro.)

ESCENA XIV

SANTIAGO y PÉREZ, de la casa

PÉREZ (Alegre.) ¡Señorito!

SANT. (Brusco.) ¿Qué?

PÉREZ (Desconcertado.) ¿No se acuerda usted de mí?

SANT No.

PÉREZ Soy Pérez... ¡Es imposible que haya usted olvidado mi apellido!

SANT. ¿Qué desea usted?

PÉREZ ¿Pero no me conoce? Soy Pérez, el de las tres pes, señorito; Pe... pe... Pé... rez. ¿No recuerda usted?

SANT. No.

PÉREZ El que llevaba las cartas para doña Isabelita...

SANT Yo no he escrito a ninguna Isabel.

PÉREZ ¿No?

SANT. No.

PÉREZ ¿No es usted el señorito Santiago Valle?

SANT. No.

PÉREZ Entonces puede que yo tampoco sea Pérez.

SANT. Usted sí puede serlo.

PÉREZ ¿No quiere usted que le conozca? Perdone... perdone... (Alejándose.) perdone.

SANT. No hay de qué.

ESCENA XV

DICHOS. FERNÁNDEZ, de la casa, con una cestita

FERN. El oficial de vigilancia, ¿por dónde andará, Pérez?

PÉREZ No anda, Fernández.
FERN. ¿Es aquel que está parado?
PÉREZ Aquel. (Mutis por la casa.)

ESCENA XVI

SANTIAGO, FERNÁNDEZ, SARGENTO, por el foro

FERN. Señor oficial, la señora le manda esta cestita con unos fiambres y una bote...
SANT. Que le agradezco mucho. Y llévesela usted otra vez.
FERN. ¡Es de parte de la señora!
SANT. De parte de la señora es el envío, de parte mía es la devolución. ¿Se ha enterado usted?
FERN. ¿Pero es que no acepta?
SANT. No. Ya he cenado.
FERN. Es muy temprano.
SANT. Yo ceno por la tarde.
FERN. No lo sabía...
SANT. Y que lo agradezco mucho.
FERN. Se lo diré también, pero dudo que lo crea.
SANT. Esa es cuenta suya.
FERN. Buenas noches y... usted dispense.
SARG. (Al pasar a su lado.) Déjala por ahí olvidada.
FERN. (Defendiendo la cesta.) ¡Quita!
SANT. ¿Qué es eso?
SARG. Que nos saludamos.
SANT. (A Fernández,) Siga usted su camino. (Mutis Fernández por la casa.)

ESCENA XVII

SANTIAGO y el SARGENTO

SARG. Mi Capitán, por la tierra suceden cosas que le llegan a uno muy a lo vivo... y una de ellas es el verle a usted tan espachurrao.
SANT. Te equivocas.
SARG. Con permiso de usted, no me equivoco. Yo no sé por qué será lo suyo, pero a mí me pasó una vez con una perra...
SANT. Déjate ahora de animales.
SARG. Con una perra mujer, mi Capitán.

SANT. Pues déjate de mujeres
SARG. Eso no, mientras viva.
SANT. Y calla, que no estoy para historias.

ESCENA XVIII

DICHOS. PÉREZ, con una cestita, de la casa

PÉREZ Señorito...
SANT. (Malhumorado.) ¿Qué?
PÉREZ Señorito que no es Santiago Valle, ¿quiere usted hacerme el favor de aceptar?
SANT Ya he dicho que no. Llévesela con mil pares de demonios.
SARG. (¡Arrea! Mil y pares, ¡que son dos mil! Ya podrán bien con una cesta!)
PÉREZ No es la de antes, ni tiene lo de antes. Es lo que me dieron a mí para la cena. Un trocito de carne asada... un Riojilla regular...
SANT. Tráelo, José, tráelo. (Abrazándole.) Que lo tuyo y contigo sí lo parto.
PÉREZ ¡Gracias a Dios que nos conocemos, señorito!
SANT. Siéntate; tomaremos un bocado.
PÉREZ Déjeme usted servirle, que para mí es un honor y una alegría y una... (Queriendo besarle la mano.)
SANT. (Impidiéndoselo.) ¡No seas bobo!
PÉREZ Por estas bobadas, antes había servidores, es decir amigos, y ahora no hay más que amos y criados, es decir, enemigos.
SARG. ¡Este Pérez es de primera!
SANT. Sargento, ¿un trago? Por la botella, hombre, ¿qué más da?
SARG. (Se ponen finos... y tiene uno que beber menos. Pero siempre bebemos algo.) Muchísimas gracias. Me gustaría a mí una temporada de guarnición en esta casa... Y yo no me puedo quejar de ningún lado...
SANT. ¡Basta! Todo el mundo a dormir, que hemos de madrugar. Pida mi capote. Y silencio en los hombres.
SARG. Yo lo traeré, mi capitán. Ya sabe uno que no es su obligación. Pero cuando se portan bien con uno, a uno le da gusto servir a

uno. Calcule usted lo que sería el gusto de servir a una...

SANT. Muchas gracias, y anda ya. (Mutis Pablo por foro.)

PÉREZ (Que recoge la cesta.) Buenas noches, señorito Santiago.

SANT. Buenas noches, José.

PÉREZ ¿No entrará usted?

SANT No. ¡Ni digas tú que estoy aquí!

PÉREZ Si usted supiera...

SANT. No quiero saber nada.

PÉREZ Pues, buenas noches... (Mutis por la casa.)

ESCENA XIX

SANTIAGO, SARGENTO por el foro. Después ISABEL, de la casa

SARG. (Ayudando a poner el capote.) No hace frío ninguno.

SANT. Si yo lo siento es igual que si lo hiciera.

SARG. Me convenció usted con lo igual.

ISAB. Sargento... ¿El señor oficial de vigilancia?

SARG. Ese es

ISAB. ¡Señor oficial! (Santiago se estremece y queda inmóvil de espaldas.) Señor oficial... (Santiago se vuelve hacia ella cuadrándose y saludándola militarmente.) Mis criados han debido cometer alguna torpeza cuando usted rechaza un obsequio, ofrecido con buena voluntad, y que todos sus compañeros no vacilaron en aceptar. (Sonriendo.) Esa mano, señor oficial; ya estoy saludada. (Santiago baja la mano, pero sigue cuadrado.) Y para desvanecer esa molestia, si la hubo, vengo yo misma a suplicarle, a rogarle que acepte una copa de Champagne. (Santiago niega con la cabeza.) ¿No? ¿Por qué? (Pausa: enojada.) ¿No merezco la cortesía de una respuesta?

SANT. (Volviéndose hacia la derecha.) ¡Sargento!

(Isabel sin mover los pies adelanta el busto como para ver de más cerca, turbada por el acento de aquella voz que le tornó a recuerdos.)

SARG. (Acudiendo presuroso.) ¡Mi capitán! (Recogiendo el capote que Santiago se quita con calma.) Ya le decía yo a usted que la noche no estaba para

tanto abrigo. (Al gesto de Santiago se retira foro izquierda. Al pasar, aparte a Isabel.) (Anímele usted, señora, que este hombre está muy desanimao.) (Mutis.)

ESCENA XX

ISABEL y SANTIAGO

SANT. (Volviéndose hacia ella.) Perdone usted.

ISAB. (Con angustia y alegría a la vez.) ¡El teniente Santiago Valle!

SANT. No, no; el capitán. En eso he cambiado.

ISAB. Ya sabe usted bien lo que digo al llamarle el teniente.

SANT. (Secamente.) Pues no lo sé.

ISAB. (Suplicando.) ¡Santiago!

SANT. (Saludando militarmente.) ¿Señora?

ISAB. ¡Santiago! (Incomodada.) Baje usted la mano de una vez, que no soy un jefe, ni una autoridad: no soy más que una mujer.

SANT. Por eso la respeto tanto, que yo no sé de cosa alguna que lo valga más... aun cuando ustedes mismas se propongan que no haya cosa alguna que lo valga menos.

ISAB. ¡Eso es una ofensa!

SANT. Perdón entonces; yo no quise que fuera más que un recuerdo.

ISAB. ¡Peor aún!

SANT. Lo será si usted lo dice. Pero a eso no le veo remedio, ni está en mi poder el modificarlo.

ISAB. ¿Si yo le jurase a usted que hay un error, una mala inteligencia entre nosotros?... ¿Si yo le jurase a usted, Santiago?

SANT. No me sorprendería. Ya empleaba usted antes los juramentos y es de suponer que los habrá usted perfeccionado.

ISAB. ¿Y creerme?

SANT. También.

ISAB. (Con alegria.) ¿Sí?

SANT. También. Los hombres tenemos la obligación de creerlas a ustedes, porque de otra manera no podrían engañarnos y dejaría

de cumplirse la misión que trajeron las mujeres a este mundo.

ISAB. ¡Santiago! ¡Santiago!

SANT. Por mi parte ya he contribuído espléndidamente a que esa misión se cumpla. No estoy obligado a más.

ISAB. ¿No creerá usted ya nunca en mí?... Está usted ofendido conmigo...

SANT. ¿Y sin razón, verdad?... Yo la quería a usted.... Usted no me quería; pero lo juraba, que aun es más. Yo sigo soltero; usted se ha casado. Ponga usted todos los motivos que tenga por conveniente, todos, absolutamente todos, y el fin será el mismo siempre. Usted de otro; yo, ni de usted, ni mío siquiera.

ISAB. Es usted injusto, a sabiendas, diciéndolo hoy; hace cuatro años que soy viuda.

SANT. (Fríamente.) ¿Supongo que en eso no tendré nada que agradecerle a usted?...

ISAB. ¡No! Pero ese matrimonio, en que tan desgraciada fuí, no puede usted echármelo en cara, Santiago, porque la culpa...

SANT. Un momento. Desde que nos apartamos, tengo todas las felicidades apetecibles, todas. Sólo me falta una. ¿Me permite usted completarlas?... ¿Me permite usted que la culpa sea mía?...

ISAB. (Despreciativa.) Sí.

SANT. Gracias. Ahora las he reunido todas.

ISAB. Pues buenas noches ya. (Marcha y se detiene, desdeñosa y algo burlona.) Toda la oficialidad, en su inmensa mayoría desconocidos, honrarán mi casa. Señor oficial de húsares, señor capitán Valle, como a ellos, le invito a usted.

SANT. No.

ISAB. Podrá usted pasar una hora o dos algo más distraído. Le invito a usted... como a ellos.

SANT. No.

ISAB. ¿Es desprecio?

SANT. Después de otras muchas cosas, eso es. Yo no entraré en su casa.

ISAB. ¡Cinco minutos!... Beber un sorbo de Champagne... como los demás y dar una vuelta de baile... con las demás...

SANT. No. Si entrara sería para divertirme igual que todos.

ISAB. Eso es mejor. Le invito a usted a eso.

SANT. Sería además la prueba de que usted no me preocupaba ni mucho, ni poco, ni en bien, ni en mal... y en ese caso, como usted, físicamente es tan codiciable, daría yo una señal de buen gusto empezando por cortejarla a usted.

ISAB. ¿Cortejarme usted?... Cuánto honor.

SANT. No entraré en su casa, más que llevándome a rastras.

ISAB. No hay cuidado: tranquilícese usted.

SANT. Pero si llego a poner los pies en su casa, le doy a usted mi palabra de caballero de que será para obedecerla...

ISAB. (Burlona.) Gracias.

SANT. Para admirarla y para cortejarla; que usted lo merece bien...

ISAB. (Nerviosa.) Gracias.

SANT. De quienes la conozcan mal.

ISAB. (Secamente.) Gracias. (Marcha decidida; pero en la puerta flaquea su ánimo y volviéndose amorosa.) Cinco años hacía que no cruzábamos la palabra desde aquella noche... ¿Se acuerda usted, Santiago?

SANT. No.

ISAB. Era una noche así, de luz en el cielo, como la de hoy, pero en la tierra fué muy distinta. Fué noche de amor y de promesas y de esperanza... ¿Se acuerda usted, Santiago?

SANT. No.

ISAB. Yo sí... (Resignada.) Contra la muerte y contra el olvido no hay lucha... Adiós.

SANT. (Saludando militarmente.) Adiós, señora. (Continúa inmóvil, sin bajar la mano hasta que Isabel, que le mira suplicante, vuelve la espalda y marcha hacia la izquierda.) ¡Sargento! ¡Sargento!

ESCENA XXI

DICHOS; el SARGENTO, por el foro

SARG. (Al pasar al lado de Isabel.) ¿Le animó usted?

SANT. ¡Sargento!

SARG. (Rápido.) ¿Mi capitán?

SANT. El capote.

SARG. ¿Se ha vuelto usted a enfriar?

SANT. Por lo visto. (El Sargento se aleja por el foro.)

ISAB. (Volviéndose en la puerta y suplicándole.) ¡Santiago!

SANT. (Saludando militarmente) ¡Señora!

ISAB. (Rabiosa.) ¡Buenas noches! (Mutis.)

SANT. (Indiferente.) Buenas noches. (El Sargento le ayuda a ponerse el capote. Santiago se sube el cuello y se arrebuja bien.)

SARG. (Indignado.) ¿Quiere usted una manta además?

SANT. ¡No! (Secamente.) ¡Vete! (Sargento mutis lento, rabioso; Santiago pasea.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Un saloncito, profusamente iluminado, que se supone al lado del salón grande, en donde se celebra el baile. Es de noche. Las señoras escotadas. Los hombres de uniforme o de frac.

ESCENA PRIMERA

La CONDESA y JULIA, sentadas

COND. ¿También tú escapas del bullicio enorme del salón?

JULIA También. Llevamos dos horas bailando sin parár.

COND. Hay más hombres que mujeres, y de uno en otro no nos dejan un minuto.

JULIA Ya nos dejarán...

COND. Seguramente. ¿Has hecho conquista?

JULIA Dos.

COND. Es bastante.

JULIA ¿Y tú?

COND. Uno.

JULIA Me parece demasiado.

COND. Quizás.

JULIA No podrán quejarse de la dueña de la casa.

COND. No. Ha dado una comida espléndida, con los vinos más delicados y siempre tuvieron las copas llenas.

JULIA Y vacías. El Champagne, especialmente, lo sirvieron sin tasa.

COND. Y en la manera de adorarnos esos caballe-

ros se les nota la adoración y el Champagne.

JULIA ¿Quién diría que un vino helado pudiera producir esos ímpetus inflamables?

COND. Es un fenómeno muy conocido de combustión química, y además, el proverbio popular lo dice: «los extremos se tocan.»

JULIA ¿Sí?

COND. Sí. Durante la mitad de la comida, lo menos, he tenido que estar con los pies en el aire para no tenerlos sobre o bajo los del vecino.

JULIA Los extremos se tocan.

COND. No. Aquí no hacían más que buscarme.

JULIA Has desmentido el proverbio.

COND. ¡Qué remedio! ¿Tú sabes lo que es?

JULIA (Interrumpiendo.) Lo sé.

COND. ¿También tú?

JULIA Y también ellos.

COND. ¿Y la mitad del tiempo en el aire?

JULIA La primera mitad. Después me faltaron fuerzas físicas para continuar ese concurso de aviación.

COND. Hay momentos en que la voluntad, por firme que sea, no basta... (Con un poquito de zumba.)

JULIA Eso fué lo que me pasó. Da gusto hablar contigo, porque siempre encuentras la explicación razonable de todas las cosas.

COND. No creo que haya otra.

JULIA Eres encantadora hasta en lo que no crees.

COND. Bondad tuya... ¡Si tuviera tanta nuestra amiga Isabel Deloria con cada uno de los que le declaran su ardiente frenesí!... Parece que el Regimiento se ha puesto de acuerdo. Todos le dicen: «No sabe usted, señora, con qué entusiasmo aproveché la oportunidad de venir a su casa de usted.»

JULIA ¿Todos?

COND. Todos. Incluso los nuestros. Como que esto ya no es Regimiento, es una cooperativa.

JULIA ¿Y ella lo cuenta?

COND. Me lo dijo por caridad. Al ver cómo revoloteaban a nuestro lado, tuvo la piadosa intención de advertirme: «Guárdate, que esos mismos acaban de jurarme eterno amor...»

JULIA ¿Los mismos? ¡No es posible!

COND. Tú has tenido dos pies...

JULIA Y los tengo. (Interrumpiendo.)

COND. A disposición temporal de los admiradores. Calcula tú lo que se podrá hacer con un corazón, que se lleva oculto, y con palabras, que no dejan rastro en los labios, y que siempre puede uno jurar que son las primeras que se han dicho.

JULIA ¿Y doña Desdenes se da el lujo de irlos despreciando?

COND. No lo juraría yo. Por lo menos, al Coronel, tarda más tiempo del preciso...

JULIA Es el menos joven.

COND. Tampoco lo juraría yo. ¡Si vieras qué idea tan complicada es esa de la juventud!... Hay cuarenta años que no son cuarenta, sino veinte dos veces.

JULIA Eso ha de ser mejor que los veinte en partida de bautismo.

COND. Mucho mejor; la misma edad y doble sabiduría.

JULIA La felicitaré.

COND. Es pronto.

JULIA Pues a él.

COND. Te lo negará. Una de las cosas que saben a los cuarenta es esa, la de negar.

JULIA Pues nos felicitaremos tú y yo.

COND. En eso no hay peligro.

ESCENA II

DICHAS; ISABEL y PEPITA por la izquierda

ISAB. ¿Qué hacéis aquí?

COND. Descansando.

ISAB. Hoy no se da licencia. Hay que bailar y atender a esos caballeros. Que lleven un buen recuerdo.

COND. Y que no lo dejen.

ISAB. Tú sabrás. ¡Vamos, vamos!

JULIA Al trabajo... (Levantándose.)

ISAB. Eso es, a la obligación. A sonreir, a escuchar mucho y a responder poco.

ESCENA III

DICHAS; SEBASTIÁN, por la izquierda

SEB. ¡Tía, tía!

PEPITA No la llame usted así, hombre.

SEB. ¡Si lo es!

PEPITA Aunque lo sea. Quiere usted ser cariñoso y resulta usted desvergonzado.

ISAB. ¿Qué te pasa?

SEB. Que esos señores se intranquilizan con la ausencia de las damas y me rogaron que viniera de embajador.

COND. ¡Pues trae usted una embajada!...

SEB. De amabilidad. Y razón tienen para desear verlas a ustedes.

JULIA ¿Y el Coronel, también se impacienta?

SEB. Como un cadete. Le hiciste una impresión enorme...

ISAB. Calla...

SEB. ¿Por qué? Eres muy linda. Todos reconocen la buena idea que tuvo el tío.

PEPITA ¿Muriéndose?

SEB. Antes: casándose.

PEPITA Fué un gran acierto de su pariente de usted. Era un matrimonio feliz.

ISAB. (Secamente.) Muy feliz. ¿Te sería lo mismo hablar de otra cosa?

PEPITA Lo mismo.

SEB. A la tía la entristece evocar estos recuerdos.

COND. Son horribles. Los cuatro primeros maridos que se me murieron han sido cuatro puñaladas en el corazón.

ISAB. Se conoce que has estado bien asistida para curar de tanto golpe...

COND. Y con el quinto vivía en una angustia perpetua; un catarro que cogiera ya temblaba...

SEB. Por los precedentes: me lo explico.

COND. Dios quiera que a la mujer de usted no le pase eso.

SEB. Sobre todo si estoy en los cuatro primeros lugares de ese escalafón.

COND. ¡Porque es horrible!... ¿Vamos?... (Se coge del brazo de Sebastián y mutis por la izquierda, Julia hablando con ellos y también del brazo. Mutis.)

ESCENA IV

ISABEL y PEPITA

PEPITA Nos ha dado una comida magnífica. ¡Lástima que no la hayan disfrutado todos! ..
ISAB. ¿Quedó alguno descontento?...
ISAB. Es de suponer.
ISAB. ¿Quién?
PEPITA El que está fuera.
ISAB. ¿El oficial de vigilancia?...
PEPITA Ese. ¿Le conoces?
ISAB. No. ¿Y tú?...
PEPITA Tampoco... (Riendo.) Con franqueza: sí le conozco.
ISAB. Pues con franqueza: también yo.
PEPITA ¿Santiago Valle? El que fué tu novio.
ISAB. Y el que no quiso serlo tuyo.
PEPITA ¡Mentira!
ISAB. No te he oído.
PEPITA Que estás engañada.
ISAB. Entonces fué que no quisiste tú.
PEPITA Tal vez.
ISAB. Y ahora ya es igual que lo pretenda o no.
PEPITA En mí, completamente igual En ti, no; eres libre de aceptar a quien tú quieras.
ISAB. Y como a ese no le quiero... no lo acepto.
PEPITA Allá tú.

ESCENA V

DICHOS, PÉREZ por la derecha

PÉREZ Señorita...
ISAB. (Contrariada.) ¿Qué?...
PÉREZ ¿Puedo ir a ese recado.
ISAB. Vaya usted. (Mutis Pérez por derecha.)
PEPITA ¿Tienes recados que mandar en el campo?
ISAB. Sí.
PEPITA ¿A estas horas?
ISAB. Sí.
PEPITA ¿De importancia?...
ISAB. Sí. Y dispensa que no te lo haya consultado.

PEPITA ¿A mí?.,. Tú eres muy dueña de tu casa.
ISAB. Gracias.

ESCENA VI

ISABEL, PEPITA y TENIENTE CORONEL por izquierda

T. COR. ¿Interrumpo?...
ISAB. No.
T. COR. Lo sentiría... pero no supe resistir la tentación de acercarme a grupo tan delicioso,
PEPITA Pues para que vea usted lo que son los grupos: este se deshace.
T. COR. ¿Por mi causa?
PEPITA No. Voy a disponer que sirvan el café en la terraza, para permitirles a ustedes que fumen. Esta noche soy el segundo de a bordo... Hasta ahora mismo. (Mutis foro.)

ESCENA VII

ISABEL y el TENIENTE CORONEL

T. COR. ¡Qué humor tan envidiable!
ISAB. Muchísimo. Ha trajinado todo el día para poner la casa algo presentable; ahora ya ve usted lo que ella baila y se mueve atendiéndoles, y después aún tendrá ánimos para cantar unas malagueñas y marcarse unas soleares, si se las piden.
T. COR. ¡Ya lo creo! Por falta de pedir no nos quedaremos sin lograr.
ISAB. Y se necesita fuerza de voluntad, con el disgusto que se ha llevado esta noche...
T. COR. ¿Ya se lo dieron?
ISAB. ¿Estaba usted advertido?
T. COR. No, señora. De nada absolutamente. Pero yo no sé cómo se las componen estos caballeritos, que siempre van dando disgustos a las señoras,.. ¡Y cuidado que yo les recomiendo todo lo contrario!... (Severo.) ¿Qué ha sido?
ISAB. ¿De veras no lo sabe usted? .. Pues Pepita Jiménez tuvo... o no tuvo, que en esto las crónicas varían bastante... con un teniente...

T. Cor. ¿Qué tuvo, si no es muy indiscreta la pregunta?

Isab. Un noviazgo, hombre.

T. Cor. Dispense usted... pero cuando tardan en darme las noticias, siempre las supongo mucho más favorables para ellos.

Isab. Pues no. El teniente ese, hoy es capitán.

T. Cor. Mejor para él.

Isab. Y los amores fueron antes de casarse ella.

T. Cor. Mejor para el marido.

Isab. Aunque nadie lo sabe de cierto...

T. Cor. Mejor para todos.

Isab. Pero el caso es que por tener o por no haber tenido, él guarda un odio implacable, y se dió el tono ahora de no entrar en mi casa, sólo porque estaba en ella Pepita Jiménez.

T. Cor. Pues entrará.

Isab. No, no, se lo suplico. El miedo de Pepita es que esta noche nos agüe la fiesta.

T. Cor. Pues no entrará. Y como lo intente, se acuerda de mí. ¿Quién es?

Isab. El oficial de vigilancia.

T. Cor. ¿Santiago Valle?

Isab. Me parece.

T. Cor. Confíe usted en mí.

Isab. Yo no, Pepita.

T. Cor. Las dos. ¡Si con tanta facilidad pudiera usted, Isabel, libertarme a mí de la enorme preocupación que tengo!...

Isab. ¿Por la partida?

T. Cor. No, por la entera. Es preocupación de afectos, de simpatías: ¡tal vez de más aún!

Isab. ¿Una mujer?

T. Cor. Una, sí señora. Ya ve usted que no soy exagerado.

Isab. No...

T. Cor. Pero vale por todas las del mundo reunido...

Isab. ¡Mucho valer es! Pasaríamos horas y horas discutiendo sin llegar a ponernos de acuerdo.

T. Cor. Inmediatamente. ¿Digo el nombre?

Isab. ¡No! Si dice usted el de otra, estoy muy dispuesta a creer que vale más que yo, pero más que todas no. Y si dice usted el mío le guardaré a usted rencor, por atribuirme a mí sola más vanidad que a todas juntas.

T. Cor. No es eso.

ISAB. Entonces dejémoslo.

T. COR. ¿No quiere usted seguir?

ISAB. Por no poder acabar. Cuando yo permita que inicien una conversación de afectos será para llevarla hasta el final.

T. COR. ¿Y yo podré algún día?...

ISAB. ¿Quién sabe?...

T. COR. ¿Es una esperanza?...

ISAB. ¿Por qué no ha de serlo?... En el terreno de los cariños, todo lo que no sea rechazar es admitir.

T. COR. ¡Isabel!

ISAB. Pero conste que una esperanza no es una promesa, ¿eh?

T. COR. ¡Claro!

ISAB. Con su permiso... (Marcha por la derecha.)

T. COR. (Alzando los brazos entusiasmado.) ¡Isabel! ¡Isabel!... (Accionando muy satisfecho.) ¡No es una promesa, pero es una esperanza... y menos da una piedra!

ESCENA VIII

TENIENTE CORONEL y JULIA por la izquierda

JULIA ¿Está usted haciendo gimnasia, mi Coronel?

T. COR. No. Es la alegría que rebosa por el cuerpo.

JULIA ¿Tan buenas noticias tiene usted?

T. COR. Regulares.

JULIA ¿De la guerra?

T. COR. No. De amores.

JULIA Cuidado...

T. COR. No hay peligro. A mí no me engaña una mujer.

JULIA ¿Pues quién lo engaña a usted?

T. COR. Todas.

JULIA Eso es ponerse en razón.

T. COR. Y de muchas no tengo más queja que la de no estar en condiciones para ser engañado. Por ejemplo, con usted.

JULIA ¿Y esa otra? ¿La que trajo la alegría?...

T. COR. No solo de esperanzas vive el hombre.

JULIA Pues yo no doy ni esas.

T. COR. Oiga usted, Julia: de primera intención, ¿por

qué dicen ustedes siempre que no?... Parece una contraseña.

JULIA — Y gracias que lo digamos: no todas las preguntas merecen una respuesta.

T. COR. — ¿Usted tiene novio?

JULIA — Otra preguntita suave...

T. COR. — ¿La verdad?

JULIA — ¿Es para formar el padrón?

T. COR. — Si lo hay, me inscribo.

JULIA — No, señor.

T. COR. — ¿Ninguno?... ¿Y aquél Ricardito?...

JULIA — Haga usted el favor de no darme bromas con ese.

T. COR. — ¿Han terminado ustedes?

JULIA — Sí.

T. COR. — ¿Por...?

JULIA — Porque era muy pequeñito.

T. COR. — Han tenido ustedes amores dos años. ¿No era pequeño entonces?

JULIA — Igual, pero pensé que creeería... Déjese usted de curiosidades, y vamos al salón, que estarán aguardando por nosotros. ¿Ya no se acordaba usted de que me pidió estos rigodones?

T. COR. — ¡Sí, sí!.. ¿Cómo olvidarlo?

JULIA — Como se olvidan muchas cosas: no volviendo a pensar en ellas.

T. COR. — ¡Sería un crimen!

JULIA — Pues criminal además. Ande, vamos... (Mutis del brazo por la izquierda.)

ESCENA IX

PÉREZ trayendo de la mano al SARGENTO por derecha

PÉREZ — Entre usted, hombre; entre sin cuidado.

SARG. — (Espantado) ¿Pero qué demonios vengo yo a hacer aquí?

PÉREZ — Ya se lo he dicho. La señorita quiere hablar con usted.

SARG. — Y no sería mucho más natural que ella fuese a verme a mi casa, vamos, al campo, porque ahora vivo al aire libre. Yo no sé lo que va a decirme...

PÉREZ Ni yo.

SARG. Pero le advierto a usted que en el campo le hubiera contestado muchas más cosas. Con tanta claridad no luzco yo del todo.

PÉREZ Me parece que habla usted de más.

SARG. Como en filas hablo de menos, en sociedad me desquito... ¡Ah!... Oiga usted, Pérez, ¿hacia dónde cae aquí la cocina?

PÉREZ ¿Para qué?

SARG. Para saber hacia dónde habrá caído ese cabo García... ¡Ese cabo García, que es mi condenación!... ¿Creerá usted que le dí permiso a las ocho y media y no ha vuelto?...

PÉREZ ¿Si lleva permiso?...

SARG. ¿Y el avisarme? ¡Quedó en eso, Pérez! Ahí está la cuestión...

PÉREZ Bueno, bueno. Aguarde usted aquí. Yo voy a prevenir a la señorita.

SARG. Mande usted a un criado, hombre.

PÉREZ ¿A uno? (Hablando consigo mismo.) Pérez, anda con el recado. (Mutis por el foro.)

SARG. Bien: se me remató la tertulia. (Muy gozoso.) ¿Qué será esto?... Porque casos de señoronas que se han vuelto locas por sargentos, los hay... (Desesperado.) ¡Y yo que me dejé los guantes en el maletín! ¡Con lo que eso viste!...

ESCENA X

SARGENTO y SEBASTIÁN por la izquierda

SEB. ¡Señor oficial!...

SARG. (Inmóvil.) Este no ve tres a caballo.

SEB. Señor teniente...

SARG. Teniente, eso es. Como valga la palabra de éste, menuda paga voy a cobrar yo a fin de mes.

SEB. Tengo el honor de hablar a...

SARG. (A media voz.) ¡Centinela! ¡Apunten! ¡Fuego!

SEB. (Acercándose.) Sargento, ¿usted aquí?

SARG. (Misterioso.) Es un compromiso... Me llamó una señora.

SEB. ¿Al salón?

SARG. Eso me desengaña una miaja.

SEB. ¿Quién ha sido?

SARG. La doña Isabelita.

SEB. Es tía mía.

SARG No hay inconveniente.

SEB. Será alguna pregunta...

SARG. Y lo mío será una respuesta. Acertó usted ya casi toda la conversación.

SEB. Sabe usted, Sargento, que tengo una idea...

SARG. No gaste usted bromas. ¡De la segunda le fusilan a usted!

SEB. Aquello me causó un disgusto muy grande. Ya he pedido perdón a todos los oficiales una vez y dos y cincuenta. No paro de pedirles perdón; no paro, Sargento... Y ahora pensaba acompañarles a ustedes á Pamplona para obsequiar allí a los soldados a quienes di el susto del tiro.

SARG. Eso lo hace usted aquí mismo; y en pasta, en pesetas...

SEB. ¿Cuántas cree usted?..

SARG No sé... pero añada usted algunas, para no quedarse corto.

SEB. ¿Doscientas?

SARG. ¡Ya hay para una buena paella!

SEB. Hágame usted el favor, en mi nombre...

SARG. Sí. Pero antes pida permiso al señor Teniente Coronel.

SEB. Espéreme. Voy a traérselas. (Mutis por derecha.)

SARG. Es un pipiolo, pero tiene arranques de persona mayor. Hay que estimarle.

ESCENA XI

SARGENTO e ISABEL por la izquierda

ISABEL Buenas noches, sargento. (Dándole la mano.)

SARG (Rehusando la suya.) Me los he dejado en el maletín...

ISABEL ¿Eh?

SARG. Mis guantes. Recién lavados.

ISABEL (Quitándose el suyo.) No importa.

SARG. Si lo sé me dejo más prendas.

ISABEL (Muy afectuosa.) Y dispense usted la molestia.

SARG. ¡Quite usted de ahí, señora! Por ver lo que veo y por pensar lo que no veo, todo está pagado.

ISABEL ¿Supongo que el servicio no padecerá por esta ausencia de usted?...

SARG. Padezco yo nada más y muy a gusto.

ISABEL Gracias. Quería pedirle a usted un favor.

SARG. ¿Uno?... Hágame usted el obsequio de pedir una docena, para que se entere usted de lo que es un sargento con una señora. Entendámonos, ¿eh? Un sargento como yo: no otro cualquiera, porque los hay que en seguida empiezan con exigencias. Al primero de la segunda, a González, le pasó un caso...

ISABEL (Sonriendo amable.) ¿Me permite usted que le diga lo que yo deseo?

SARG. Haga usted cuenta que González se murió... Adelante.

ISABEL Bien. El capitán Valle... ¿creo que se llama Valle?...

SARG. Créalo usted.

ISABEL Le ha dicho a una amiga que la quiere. Y lo que yo deseo—lo que desea mi amiga—es averiguar si eso es verdad.

SARG. Mal asunto.

ISABEL Y que usted, aprovechando las horas de la noche, en que la noche sola hace hablar de tantos secretos y confiarle al aire y al silencio tantos afanes ocultos, le llevase la conversación por ese lado.

SARG. ¿Y luego repetirlo?... Si lo huele me brea.

ISABEL No le pregunte usted nada. Cuántele usted amores... de usted mismo, y en cuanto comience a franquearse, déjele usted hablar, sin interrumpirle...

SARG. ¿Y es de precisión que diga nombres?

ISABEL No, no.

SARG. Mejor. Entonces voy a ver si le enzarzo yo en pláticas con la noche y conmigo.

ISABEL (Dándole la mano otra vez.) ¿Hasta luego, eh?...

SARG. Diga usted, señora, y perdone la curiosidad que anda revolviéndome toda la sangre. ¿Ustedes no tienen frío con esos vestidos sin tela?...

ISABEL No. La costumbre de llevarlos.

SARG. Pero también hace falta costumbre de verlos... y no teniéndola, le digo a usted que los pobres sargentos...

ISABEL (Riendo.) Váyase, váyase.

SARG ¡A la orden, paisana!... (Mutis por derecha.)

ESCENA XII

ISABEL y MATÍAS, por izquierda

MATÍAS (Aguardándola a izquierda.) ¿No le causará a usted mucho enojo oirme un momento?

ISABEL Ninguno. (Pausa.) Hable usted.

MATÍAS Es tan difícil empezar cuando uno tiene miedo a lo que piensa y más miedo a las palabras con que ha de exponer sus pensamientos...

ISABEL ¿Son muy complicados?...

MATÍAS No...

ISABEL Entonces...

MATÍAS Debiera ser muy sencillo, ¿verdad? Y no lo es... ¡Parece increíble!... Que cueste tanta fatiga decir en serio lo que se ha dicho en broma mil veces.

ISABEL Dígalo usted en broma. Eso le facilitará a usted el preguntar... y quizás a mí el responder...

MATÍAS No es buen camino para mi afán.

ISABEL Pues elija usted otro.

MATÍAS No lo encuentro. Aseguran que es usted de hielo.

ISABEL Lo seré; pero usted queda autorizado para averiguar con qué motivos lo aseguran.

MATÍAS Porque rechaza usted a todos.

ISABEL Eso no es hielo en mí, es poco fuego en ellos o poca habilidad para hacerlo prender.

MATÍAS Y como es natural que usted sea indiferente con todos los hombres...

ISABEL Aunque no han venido todos.

MATÍAS Pero muchos, sí.

ISABEL Tampoco. Vinieron algunos pidiendo limosna de amor, con el mismo tono quejumbroso y estudiado de los que piden limosna en la calle para unir un céntimo más a los

que antes consiguieron; pero sin importarles que fuera mi mano o la ajena quien lo echara en la suya. Vinieron otros, propicios a la adoración, porque al verme sola me creyeron fácil...

MATÍAS ¡Eso es injusto!...

ISABEL De su parte, sí. Y otros han venido porque la vida les fatigó y juzgaron buen puerto de refugio mi casa y mi fortuna... ¡Pero aún no ha venido el que trajera ilusión de hombre y buscara con ansia mercedes de mujer!...

MATÍAS Yo.

ISABEL Usted, no.

MATÍAS ¡Isabel!

ISABEL Usted se engaña en sus afectos. De buena fe, con lealtad y honradamente, pero usted se engaña y no me quiere.

MATÍAS ¡Sí!

ISABEL No. Queriéndome de veras, sabría usted que no hay razón, ni de tiempo siquiera, para que yo pueda corresponderle, y las palabras de usted no vendrían más veloces que la misma voluntad.

MATÍAS ¡Se complace usted en seguir siendo Doña Desdenes!..

ISABEL En serlo, no; en oirlo, sí. Es la primera prueba de cariño que usted ofrece, y suena tanto a despecho y a rencor, que bien estaría lo mío sonando a desdén.

MATÍAS (Fríamente.) Perdone usted, señora.

ISABEL No hay de qué. Cuando una mujer tiene la desgracia de estar sola, ya sabe que es desdicha obligada la de ofender a quien no adore. (Pausa: viendo que no responde.) ¿Quedamos de enemigos?

MATÍAS (Frío, pero cortés.) No, no. De admirador siempre.

ISABEL Puede que sea lo mismo.

MATÍAS De usted depende.

ISABEL No... y perdón.

MATÍAS Usted es la que tiene que perdonar. (Reverencia y mutis por la izquierda.)

ISABEL Uno más... y uno menos. ¿Doña Desdenes?... Si estuvieran enterados me llamarían Doña Desdeñada con mayor razón.

ESCENA XIII

ISABEL, PEPITA, por foro. Después RODRIGO y GONZALO, por izquierda

PEPITA Cuando dispongas. Ya está preparado el café y los refrescos en la terraza.

ISABEL Pues ahora mismo.

ROD. ¡Pepita!

PEPITA ¿Qué, hombre, qué?

ROD. Hace un siglo que no la veo a usted.

PEPITA ¿Pero es que no va usted a dejarme ni un minuto?

ROD. Ni uno. ¡Y poco satisfecho que voy a estar yo pasado mañana cuando usted siga diciéndome que no la he dejado ni un minuto!

PEPITA Ya será algo menos.

ROD. ¿En qué íbamos antes?

PEPITA ¿De nuestra conversación? Usted en adorarme.

ROD. Buena memoria.

PEPITA No dice usted otra cosa.

ROD. Ya las diré.

PEPITA Si le dejan.

ROD. Y va usted a ser conmigo la mujer más feliz de este mundo.

PEPITA Claro, ¡como usted vale tanto!...

ROD. Para valer algo no es preciso valer nada: basta y sobra con que los demás lo crean. En la imaginación de usted, póngame usted encantos y seré encantador.

PEPITA Usted ni con eso.

ROD. Pruebe usted a ver.

GONZ. Le juro a usted que es verdad... por nadie he sentido la admiración que por usted...

ISABEL Es usted muy amable. (Apartándose.) Le veo a usted muy amartelado, Rodrigo.

ROD. Un puro almíbar, señora. Me envuelve usted en un papelito, me regala usted y comen caramelo.

PEPITA Regálalo.

ROD. Lo dice, pero no lo siente.

PEPITA (Burlona.) No...

ROD. Yo soy de los que no pierden nunca las esperanzas.

PEPITA Me parece que usted ha perdido muchas cosas.

ROD. Bastantes; pero...

PEPITA Un cariño lo hace olvidar todo.

ISAB. En algunas personas sí; en otras es al contrario. Necesitan olvidarlo todo para ir a ese cariño.

PEPITA ¿Por quién lo dices?

ISAB. Por cualquiera, no siendo por ninguno de los presentes.

ROD. ¡Olé!

PEPITA ¡Olé! Pero si te hiciera tu retrato un francés no te ponía la navaja en la liga, sino en las palabras.

ISAB. Las palabras son voladoras, no dañan.

PEPITA A veces.

ESCENA XIV

DICHOS, el TENIENTE CORONEL y MATÍAS por izquierda, con SEBASTIÁN

T. COR. La buscaba a usted, Pepita.

PEPITA ¿A mí?

T. COR. Quiero rogarle, por todos, que nos permita usted aplaudirla en esas danzas y en esos cantos...

PEPITA Lo hago muy mal; pero sin hacerme de rogar. Ahora, cuando pasemos a la terraza.

T. COR. (Después de inclinarse agradeciendo: a Isabel.) Es adorable.

ROD. A todos dice usted que sí...

PEPITA Porque saben lo que piden.

ROD. ¿Y yo no?... ¡Injusticia más grande no se comete con nacido!...

SEB. Rectificará, seguramente.

ESCENA XV

DICHOS y SARGENTO por derecha

SARG. (Entrando rápido.) ¡Ya estoy!... (Parando en firme y cuadrándose.) ¿Se puede?

GONZ. ¿Hay novedad, sargento?...

SARG. Sin novedad, mi teniente.

GONZ. (A Rodrigo.) Sin novedad.

ROD. (A Matías) Sin novedad.

MATÍAS (Al Teniente Coronel,) Sin novedad.

T. COR. (A Isabel.) Sin novedad.

SEB. Ninguna; hablábamos de cosas muy sabidas.

T. COR. Puede usted retirarse, sargento.

SARG. A la orden de usted, mi Teniente Coronel. El señor capitán me dice que le ha parecido ver bultos en lo alto, y por si acaso, mandó unos hombres a reconocer terrenos...

T. COR. ¿Tendremos fiesta?

ISAB. (Aparte al Teniente Coronel.) La preparará el señor capitán...

T. COR. Dígale usted que vigile, y cuidado con ver visiones, ¿eh?... Puede usted retirarse, sargento.

SARG. (A quien Isabel hace señas de que no se vaya.) A la orden de usted.

ISAB. ¿Vamos a la terraza?

T. COR. Vamos. Sargento, puede usted...

SARG. Ya estoy marchando, ya.

ISAB. Pronto descubre el juego ese señor capitán...

T. COR. Pero ya lo hemos conocido.

ISAB. Es gana de mortificar a la pobre Pepita.

ESCENA XVI

SARGENTO solo; luego PÉREZ por izquierda

SARG. ¡Puede usted retirarse, sargento! ¡Puede usted retirarse, sargento! Pero, señor, si yo no puedo retirarme, que tengo mis negocios que resolver. ¡Los tenientes coroneles no reflexionan nada, hombre!...

PÉREZ La señora que no se marche usted.

SARG. Esperando estoy. Ya le comprendí los guiños. Y eso que el Teniente Coronel me mandó retirar... Pero si le pide a usted un favor una mujer, aunque le conste que ha de traerle un disgusto luego... ¿qué demonios va usted a hacer con una mujer?...

PÉREZ Lo que usted habrá hecho.

SARG. Eso. Obedecerla. Y ponga usted que esa señora es una preciosidad de cualquier lado que usted la mire. Y ponga usted, además, que esa mujer lleva un traje... y que ese traje no se ve apenas. ¿Y qué hace usted?

PÉREZ Obedecer.

SARG. Pues eso. Y que le venga a usted el Teniente Coronel con que usted se retire... ¡Es pedir demasiado!

PÉREZ Y aguarde, que vendrá en seguida.

(Mutis Pérez por derecha.)

ESCENA XVII

SARGENTO; PEPITA por izquierda

PEPITA Señor sargento...

SARG. Otra...

PEPITA (Muy zalamera.) ¿Iba usted a salir?

SARG. No, señora. ¿Quién sale ya de aquí?

PEPITA Si no le molestara a usted mucho, quisiera pedirle un favor.

SARG. ¡Madre de Dios! ¡Los favores que yo voy a hacer esta noche! ¿Se puede decir que es usted guapa?

PEPITA Mintiendo.

SARG. Pues allá va esa mentira. ¡Pida usted, señora guapa!

PEPITA Me llamo Pepita.

SARG. Es igual. Se llama usted otro nombre cualquiera y estamos en lo mismo.

PEPITA Pepita Jiménez.

SARG. Bueno, bueno. No ponga usted más dificultades.

PEPITA ¿Quiere usted decir al capitán Valle...?

SARG. (Desesperado.) ¡Todas para el capitán! ¡Qué desgraciados somos los sargentos! ¡Y pensar

que el cabo García habrá encontrado ya madriguera, y que yo, un superior, estoy haciendo el eco de los salones nada más!...

PEPITA ¿Quiere usted oir?

SARG. Sí, señora. (Indignado.)

PEPITA Dígale que los señores oficiales me pidieron que cante y que baile un poco; que yo tendría mucho gusto en que viniera a verme y que aguardo por él para empezar... (Marcándose un baile lento.)

SARG. (Inmóvil y espantado.) ¡Quieta!

PEPITA (Siguiendo.) ¿Eh?

SARG. ¡Quieta!

PEPITA Dígale que, para animarme, tengo ya una copita de champagne en el cuerpo.

SARG. Se ve la botella.

PEPITA Y dígale que si viene, como a él le gusta el baile hondo, por lo hondo soy capaz de arrancarme... (Marcando.)

SARG. ¡Quieta! (Pepita se recoge algo la falda.) ¡Quieta!... que no puedo atender a tantos lados y se me va la comisión de la cabeza.

PEPITA (Coqueteando.) ¿Lo hará usted?

SARG. Sí.

PEPITA ¿En seguida?

SARG. Sí.

PEPITA ¡Gracias!

SARG. Sí.

PEPITA Y adiós. (Mutis lento y coquetón por izquierda.)

SARG. ¡Ni saliva me queda para un discursillo!

ESCENA XVIII

SARGENTO; ISABEL por derecha; SEBASTIÁN por izquierda

ISAB. ¡Sargento!...

SARG. (Yendo a ella.) Doña Isabeli... (Interrumpiéndose, porque Isabel le hace seña de que se calle porque entra Sebastián.)

SEB. Sargento...

SARG. (Desesperado.) Y disimule usted ahora...

SEB. ¿En dónde está usted?

SARG. ¡En el limbo! (Fuerte.) Aquí... (Acercándose a Sebastián.)

SEB. (Dándole los billetes.) Tome. Y que no se entere nadie.

SARG. ¡Nadie!

SEB. Ni la tía Isabel.

SARG. ¿Ni la tía Isabel? ¡Pues ni la tía Isabel!...

SEB. Y eso que ella es...

SARG. (Interrumpiéndole.) ¡Calle!

SEB. Es...

SARG. (Tapándole la boca.) ¡Calle! (Este va a decir una o dos y se van a armar dos o tres...)

SEB. ¿Por qué he de callar?

SARG. ¡Pues dígalo y reviente!

SEB. Es tan buena y tan afectuosa, que puede confiársele cualquier secreto.

SARG. (Respirando, al ver que no metió la pata.) ¡Uf!..

SEB. ¿Cómo ha dicho usted?

SARG. (Al oído, pero alto.) Que ¡uf!...

SEB. ¡Ah!

SARG. Y vaya usted con Dios.

SEB. Adiós y gracias.

SARG. Lo mismo digo. (Mutis Sebastián por el foro.)

ESCENA XIX

ISABEL y SARGENTO

ISAB. (En la puerta escuchando.) ¿Qué es eso? ¿Alguna carta?

SARG. Una carta: eso es.

ISAB. ¿Para alguna novia? ¿En Pamplona?

SARG. En Pamplona; eso es. (¡Estas señoras tan mandonas no le dejan a uno ni mentir, porque ellas dan las mentiras arregladas!)

ISAB. ¿Averiguó usted? ¿Y qué pasó?

SARG. Pues... pasamos un rato calladitos. Cada vez que iba a hincarle el diente... «¡Cállese usted, sargento!», y el sargento, claro, a callarse. Conque al fin, viendo que por rodeos no llegábamos a nuestra historia, me quedé mudo, y como si traginara con mis pensamientos, me puse a suspirar... (Suspira.) ¡Parece que eso lo hago bien: ya ha caído más de una con los suspiritos en tres tiempos!... Mire usted, estando en Jerez...

ISAB. Al caso, sargento, al caso. (Dulcemente.)

SARG. Ponga usted que no hay Jerez. El caso fué que nuestro hombre entró por uvas... vamos, que se coló; vamos, que...

ISAB. Ya entiendo; siga.

SARG. Y cuando yo le dije, para rematar mi cuento: «¡A esa mujer no la olvidaré jamás!», y en seguida le largo un suspiro... se le encandilaron los ojos, me cogió de una hombrera y me dijo: «¡No seas animal, Pablo!» (Yo me llamo Pablo, para servirla); lo de animal lo añadió él porque le dió la gana. «No seas burro, que no hay mujer que lo merezca, y todas son unas.»

ISAB. ¿Unas traidoras?

SARG. Ni consonante es, pero bueno... ¡unas traidoras!... Pero mi opinión es que el capitán sigue loco perdido por esa persona.

ISAB ¿De veras? ¿De veras?

SARG. Certificado no tengo, pero como si lo tuviera. Cuando le he dejado quedaba suspirando—bastante peor que yo, y usted disimule la vanidad—y entre hipo y más hipo, decía... «¡Isabel... Isabel!...» ¿Sabe usted que es coincidencia?

ISAB. ¿Cuál?

SARG. El nombre, el nombrecito, señora. ¡Irse a llamar lo mismo que usted!... Otro creería..

ISAB. ¡Sargento!

SARG. Pero yo no lo creo. A la orden, paisana. (Mutis derecha.)

ESCENA XX

ISABEL y GONZALO por la izquierda

ISAB. (Muy contenta, bailando de gusto.) ¡Tenía que ser! Engañan los ojos, engañan los sentidos... pero el corazón no engaña... Su voz es de verdad .. por eso lo oímos tan poco... Santiago me quiere... ¡Tenía que ser!... (Brincando.) ¡y es!... ¡y es, y es!...

GONZ. Venía a buscarla a usted para mi rigodón; ¡pero veo que el baile es aquí!

ISAB. En donde usted quiera.

GONZ. Creo que hace usted mal en dejarme a mí que elija el sitio.

ISAB. (Seria.) ¿Por qué?

GONZ. Porque yo no la soltaría a usted jamás de mi brazo.

ISAB. (Sonriendo y sin ocultar su alegría.) Llegaría a ser molesto para los dos... aunque por el momento una dulce presión fuera deliciosa...

GONZ. (Asombrado, pero entusiasmándose.) Decían que era usted insensible...

ISAB. ¿Yo?

GONZ. ¿Comprende usted la amorosa presión?...

ISAB. Sí.

GONZ. ¿El encanto de un cariño?...

ISAB. Sí.

GONZ. ¿La dulzura de esperar, de que llegue y de saborearlo?...

ISAB. Sí, sí...

GONZ. ¡Gracias, Isabel, gracias!

ISAB. ¿Por qué?

GONZ. ¡Nunca pude sospechar la inmensa felicidad de que usted me quisiera!

ISAB. Y debe usted continuar sin sospecharlo.

GONZ. ¿No me quiere usted?

ISAB. No.

GONZ. Pero usted dijo que comprendía...

ISAB. Y sigo comprendiendo: lo que no sigo ni empiezo es a practicar...

GONZ. (Despechado.) Conmigo.

ISAB. Muy agradecida y estimando mucho su afecto...

GONZ. No añada usted la burla...

ISAB. ¡No!

GONZ. Como la merezco...

ISAB. No. Seamos buenos amigos... ¿Quiere usted?...

GONZ. (Ya dueño de sí y cortés.) Es una aproximación... ¡Acepto gustoso! (Se dan la mano afectuosamente.)

ESCENA XXI

DICHOS, PEPITA, el TENIENTE CORONEL, SEBASTIÁN, MATÍAS y RODRIGO por la izquierda

PEPITA Isabelita, que estamos aguardando por ti.

T. COR. (Por Pepita.) Va a lucir sus habilidades.

PEPITA Algunas.

ISAB. Para que fueran todas habría que mirarla constantemente.

PEPITA (Haciendo una reverencia de gratitud.) ¡Y no llegan a la décima parte de las tuyas! .. (Isabel contesta con otra reverencia.)

T. COR. (Aparte a Rodrigo.) Son dos amigas entrañables.

ROD. ¿Usted cree...?

T. COR. Me consta. Diga usted que no puedo hablar.

ROD. Pues no se le nota a usted afonía.

T. COR. Es un secreto...

PEPITA (Aparte a Isabel.) ¿Qué te pasa?

ISAB. Nada.

PEPITA Algo.

ISAB. No.

PEPITA ¡Vaya!

ISAB. ¿Por qué te lo figuras?

PEPITA Se aproxima la hora de amanecer y quizás hoy tenga capricho el sol de asomarse por mis ojos...

ISAB. (Burlona.) Es posible.

ESCENA XXII

DICHOS, el SARGENTO por derecha

SARG. (Entrando rápido.) Mi Teniente Coronel... el capitán Valle me manda a prevenir a usted que en lo alto de la montaña y hacia la carretera han visto bultos sospechosos. (Pepita y los oficiales se agolpan, quedando aislada Isabel.)

T. COR. ¿Muchos?

SARG. Bastantes. Teme que sea la partida esa. (Isabel se ríe. Todos se vuelven hacia Isabel sorprendidos.)

T. COR. (Acercándose y con algo de reproche.) Señora...

ISAB. (Aparte al Teniente Coronel.) Ya cumple su promesa el señor capitán...

T. COR. ¿Usted piensa que...?

ISAB. Que alguien habrá pasado por el camino, lo que no es nada inverosímil, y que el capitán aprovecha la ocasión para privarnos de la compañía de ustedes. Ya se lo advertí a usted.

T. COR. Sargento. Dígale usted al capitán Valle que cuando quiera algo de mí que venga él mismo a decírmelo.

SARG. Es que...

T. COR. ¿No lo ha entendido usted?

SARG. Sí, señor. A la orden de usted. (Mutis por derecha.)

ESCENA XXIII

DICHOS menos el SARGENTO

ISAB. Sería absurdo que unos cuantos hombres se atrevieran con ustedes.

T. COR. Frente a frente, claro que no.

ISAB. Oigamos a Pepita y luego no olvide usted que hemos de dar una vuelta de vals.

T. COR. ¿Usted no se fatiga, señora?

ISAB. Al empezar nunca. Al concluir siempre.

T. COR. Como yo.

ISAB. Coincidimos. Vamos, Pepita.

PEPITA (Saludando militarmente.) A la orden.

T. COR. (Ofreciendo el brazo a Isabel.) Es adorable... y se necesita todo el poder deslumbrador de usted para eclipsarla.

ISAB. (Coqueteando.) ¿Tengo tanto?

T. COR. Enorme, Isabel, enorme.

ESCENA XXIV

DICHOS, SANTIAGO, por derecha

SANT. (Rápidamente y cuadrándose.) Perdón, señoras. Mi Teniente Coronel, que es verdad, que intentan una sorpresa.

T. COR. Dispense usted, Isabel. Vamos. señores, ¡vamos! (A Rodrigo.) Avise usted a los demás. (A Matías.) Que toquen botasillas... Vamos, vamos... (Mutis Rodrigo por la izquierda y todos por derecha.)

SEB. (Cogiendo a Santiago.) ¿No entrarán aquí?

SANT. No hay cuidado.

SEB. Y que lo haya ¡mejor! Voy a organizar la defensa del castillo...

SANT. ¿Qué castillo?

SEB. Este. ¡Y veremos si se atreven!

ESCENA XXV

ISABEL, PEPITA, SANTIAGO

PEPITA (En la puerta derecha; á Santiago que va salir.) ¿Se marcha usted?

SANT. ¡Claro!

PEPITA (Sonriendo para quitar importancia.) Me dió usted palabra de ser mi caballero en el momento de entrar aquí.

SANT. No pude pensar en esto.

PEPITA Pero yo se la devuelvo antes de que falte usted a ella. (Santiago se inclina agradecido,)

ISAB. (Desde izquierda, inmóvil,) Yo, no.

SANT. (Volviéndose asombrado.) ¡Isabel!

ISAB. Yo no la devuelvo. Salga usted si quiere, pero de mal caballero, de faltador a su palabra.

SANT. (Con ira.) ¡Isabel!

ISAB. (Friamente.) No. (Repitiendo la frase de Santiago en el acto primero y dándole parecida entonación.) «Si pongo los pies en su casa le doy a usted mi palabra de honor de que será únicamente para obedecerla, para mirarla y para cortejarla.»

SANT. Eso dije, mas...

ISAB. Pues eso quiero...

SANT. ¡Isabel!...

PEPITA (Suplicante.) ¡Isabel, mujer!...

ISAB. Calla tú, que contigo no va ahora. La guerra va entre él y yo; y bien franca es.

PEPITA Podéis mataros. (Mutis por derecha.)

ISAB. A eso vamos.

ESCENA XXVI

ISABEL y SANTIAGO

SANT. (Avanzando hacia ella.) ¡No me exija usted semejante locura! ¡El marchar es una obligación de honor!

ISAB. ¿De cuál?

SANT. El que juré a mi bandera.

ISAB. ¿Y el que me juró usted a mí, no vale? ¿Por qué es mejor uno que otro? Y si no había de ser, por qué juró usted?

SANT. ¡Por caridad, Isabel! ¡Piense usted que en este momento me juego mi carrera!

ISAB. Es poco.

SANT. ¡Mi nombre!

ISAB. Es poco.

SANT. ¡Me juego la vida!

ISAB. (Volviendo la espalda.) ¡Cobarde!

SANT. ¡Ay, eso no! Jugado va todo y todo va perdido. ¡Me quedo!

ISAB. ¿Sí?

SANT. Sí.

ISAB. (Sonriendo y coqueteando.) Capitán Valle... le agradezco a usted mucho que honre mi casa...

SANT. (Desconcertado.) ¡Isabel!

ISAB. (Pausa.) Vamos... señor capitán, ¿no empieza usted a galantearme?... Pero no esté usted de pie, señor capitán. (Se sientan; ella en seguida. El, después de vacilar.)

SANT. Aunque digan que soy muy fácil para galanterías, tal vez sea más fácil quien lo diga.

ISAB. Quizás.

SANT. Porque a mí algunas veces me repugnan...

ISAB. ¿Sí?

SANT. Sí. Y mujeres que las merecen por hermosas, no las merecen por mujeres.

ISAB. ¿Sí?

SANT. Sí. Y además .. (Se oye el punto de atención en la corneta de ordenes. Balbuceando.) Y además... a... de... más...

ISAB. ¿Qué?

SANT. ¡Isabel!

ISAB. ¿Qué, señor capitán? (Se oye el toque de botasillas y Santiago se levanta como por resorte.)

SANT. (Juntando las manos.) ¡Por caridad, Isabel!

ISAB. (Levantándose y grave.) ¿Qué implora usted?

SANT. ¡Todo! Porque sólo ahora comprendo lo que es el ansia de amor, el sufrir de amor, el odiar de amor...

ISAB. (Sonriendo.) ¿Odiar de amor?... ¿Y eso qué es?

SANT. (Cogiéndola brutalmente.) ¡Esto es! Dar la vida y la honra cuando el amor lo pide.

ISAB. No, eso no es odiar: eso es amar solamente. Como yo a tí.

SANT. ¡Isabel!

ISAB. Y el amor no pide humillaciones... ¡Márchate!

SANT. Pero dime...

ISAB. ¡Márchate, márchate!

SANT. ¿Y tú aguardas?

ISAB. Yo aguardo. Marcha ahora. (Santiago mutis por derecha rápido. Isabel inmóvil, sonriendo.)

ESCENA XXVII

ISABEL, SEBASTIÁN, PÉREZ, FERNÁNDEZ, criados y criadas con sables, palos y escopetas

SEB. (Con un sable.) ¡Alto! ¡Firmes! ¡Estarse quietos! Uno allí. (Todos corren a la derecha.) Otros allí. (Todos corren a la ventana.) Y losdemás conmigo. ¡Marchen! Uno, dos, tres, cuatro, cinco... (Mutis todos por derecha.)

ESCENA XXVIII

ISABEL y el CABO GARCÍA, por la izquierda, todo azorado, con el cinturon del sable en la mano y sin casco

CABO ¿Por dónde se sale?... ¿Por dónde se sale?... (Isabel le indica la puerta y mutis el cabo Garcia corriendo.)

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche, pero amaneciendo ya.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, PEPITA, la CONDESA y JULIA, con la falda del traje de baile y una chambra o toquilla o peinador, sentadas, casi echadas en butacas o en el sofá. Una CRIADA, al lado de la Condesa, dándole cucharadas de té. Otra CRIADA haciendo oler un frasco de sales a Isabel. PÉREZ, con una escopeta, de centinela en la puerta. Pausa: Otra CRIADA, por izquierda, con una taza de tila para JULIA

CRIA. 1.ª Ande, señorita Julia, tómela... (Julia se niega con un pequeño ademán, como si no tuviera ánimo para contestar.)

ISAB. (Con languidez.) Francisca...

CRIA. 1.ª ¿Señorita?

ISAB. ¿Y esas señoras?

CRIA. 1.ª Lo mismo... Todas tumbadas por los sofás y con el miedo de lo que haya podido ocurrirles a esos pobrecitos (Lloriqueando.) Po... bre.. citos... mi... li... tares.

ISAB. ¡Válgame Dios! (Pausa.)

CRIA. 1.ª Señorita... con esta taza se acabó la tila. A doña Milagritos, que está escondida en el tocador y me pidió otra taza, le he servido un poquito de agua con mucho cognac.

ISAB. ¿Y le supo igual?

CRIA. 1.ª Mejor. Solo le pareció que aquella tila estaba más cargada que las otras. ¡Qué miedo debe tener!

ISAB. Y qué paladar.

CRIA. 1.ª Ande, señorita Julia, tómela... que es tila de veras.

JULIA No, no...

ESCENA II

DICHOS, SEBASTIAN, por izquierda.

SEB. (Con un sable.) ¿Hubo novedad?

PÉREZ No, señor.

SEB. Por allá tampoco. He salido algo de casa, escuchando cuidadosamente, y nada; ni el más leve rumor. ¡Temo que no nos ataquen!

CRIA. 1.ª (Asustada dando un grito.) ¡Ay!

SEB. ¿También tú lo temes?

CRIA. 1.ª Al... al... al... contrario.

SEB. Van tres horas desde que marcharon. Me choca mucho que no tengamos noticias ni de unos ni de otros.

CRIA. 2.ª (Que esta al lado de la Condesa, cerca de la ventana.) Por lo alto del monte no andan, porque ya hay bastante claridad y se distinguirían.

ISAB. Mira bien, por si acaso.

JULIA (Deshaciéndose los lazos del matinée y destapándose algo.) Yo no puedo respirar.

SEB. ¿Se ve algo?

CRIA. 1.ª (Que sigue al lado de Julia.) No, señor.

SEB. Aunque tal vez eso no disminuyera nuestra ansiedad.

ISAB. ¿Qué habrá ocurrido?

SEB. No sé. Pero admitiendo la hipótesis peor, la de que se efectuara el combate y fuera muy sangriento, yo no creo posible que hayan muerto todos.

TODAS (Pero no a un tiempo.) ¡Ay, ay, ay!

SEB. Lo digo negándolo.

ISAB. Pero lo dices.

SEB. Porque juzgo de mi deber preveniros contra una contingencia desdichada.

ISAB. Calla, por Dios, general, que en toda la noche no hemos tenido sustos más grandes que los que tú nos das para tranquilizarnos.

COND. ¡Es usted cruel, Sebastián!

SEB. ¿Yo?

ISAB. Sí, tú.

COND. Te... (La Criada le sirve y la Condesa bebe un sorbo.)

JULIA Ti... la... (Bebe un sorbo. Las criadas después de servir a las señoras, beben ellas y huelen las sales, respectivamente.)

PÉREZ ¿Podría dejar ya la escopeta, señorito?

ISAB. Para lo que sirve...

SEB. Siempre habeis de tener pronta la expresión mortificante. ¿Que las previsiones son innecesarias?... ¡Qué ridículo haberlas tomado! ¿Que no se tomaron y hacen falta? ¡Qué imprevisión y qué torpeza!

PEPITA No diga usted eso, Sebastián, estamos muy agradecidas.

COND. Pero comprenda usted que también estamos muy quebrantadas con las emociones de esta noche.

JULIA Y lo que pasa es que no tenemos fuerza para darle a usted las gracias.

SEB. Hacen ustedes perfectamente en burlarse de mí. Y yo, al preocuparme por ustedes, por su tranquilidad y por su defensa, he sido un burro.

CRIA. 2.ª ¡Un caballo!

SEB. No, hija, no; un burro.

CRIA. 2.ª Que veo un caballo. (Todas corren a la ventana.)

SEB. ¿No teneis fuerza para darme las gracias y correis para ver un caballo? ¡Qué injustas sois conmigo!

COND. ¿Será el coronel?

ISAB. ¿Será el capitán?

JULIA ¿Será el teniente?

CRIA. 1.ª ¿Será el cabo?

PÉREZ ¿Será el sargento?

SEB. No.

ISAB. ¿Tú que sabes?

SEB. Le oiríamos hablar, y cuando no se le oye no es él.

JULIA Pues lo es.

COND. ¿Traerá noticias?

ISAB. Seguramente. (A Pérez.) Que entre en seguida.

PÉREZ ¿Puedo dejar la escopeta, señorito?

SEB. Sí, hombre, sí. Y la asaura también.

PÉREZ Gracias. (Mutis por el foro.)

COND. Vendrá muy sofocado. Quizás desee beber algo.

ISAB. ¿Agua con azúcar? ¿Cognac?

SEB. ¿No tienes unas botellas de manzanilla? Pues eso, que es de su tierra y le gustará.

ISAB. Francisca, traiga manzanilla. (Mutis Criada 1.ª por izquierda.)

JULIA ¿Qué irá a contarnos?

SEB. Pronto lo sabremos, pero oigan ustedes antes una palabra. Por Dios y por los Santos, nada de nervios ni de gritos, y si las nuevas que trae son desconsoladoras, preparémonos para auxiliar a los heridos, para enterrar a los muertos.

TODAS ¡Ay, ay, ay!

ISAB. Gracias a que tú nos animas algo.

SEB. Es mi obligación. En estos momentos críticos, que nadie desfallezca, que nadie vacile en el cumplimiento de su deber. ¡Seamos hombres!

ISAB. Sí, procura serlo tú. Nosotras renunciamos.

SEB. Quiero decir...

ISAB. Comprendido.

ESCENA III

DICHOS: SARGENTO y PÉREZ, por foro

SARG. ¿Hay permiso? (Todas le rodean, trayéndole a primer término.)

CRIA. 3.ª ¿Qué?

CRIA. 2.ª ¿Qué?

JULIA ¡Hable!

COND. ¡Diga!

SEB. ¿Hay muchos muertos?

PEPITA ¡Hable, hable!

ISAB. Cuente.

SARG. Si me dejan, ¿eh?

ISAB. ¿Se terminó el combate?

SARG. Si ni hubo combate ni hubo ná... En cuan-

to se vieron descubiertos escaparon como liebres.

ISAB. ¿No ocurrió ninguna desgracia?

SARG. ¡Pero qué había de ocurrir, doña Isabelita! ¡No le digo a usted que huyeron como liebres!... ¡Ni un mal tiro! Con la corneta nada más ¡y a correr!

SEB. ¡La tirarían con mucha fuerza!

SARG. En cuanto oyeron la corneta, hombre.

SEB. ¡Ya lo encontraba yo exagerado!

SARG. Naturalmente. Anda... ¿y esto? ¿Se afeita usted con un sable?

SEB. No, señor.

JULIA Era para defendernos si venía el enemigo.

SARG. Bueno, a mi recado; el señor Teniente Coronel me hizo adelantar para decirles a ustedes que si no molestan...

TODAS No, no, no.

SARG. Vendrán a despedirse.

TODAS Sí, sí, sí.

SARG. Contando con esos nos y con esos sís, ya están de cara hacia aquí y en diez minutos llegan. (Todas las mujeres escapan por derecha e izquierda.)

ISAB. (Riendo.) Como liebres.

SARG. (Espantado.) ¿He metido la pata?

SEB. No.

SARG. ¿Pues qué he dicho yo para asustar?...

ISAB. Que vendrán ahora mismo esos caballeros, y como las señoras están poco vestidas...

SARG. Mire usted lo que es no saber... Y a mí me pareció que estaban ustedes más vestidas que antes.

ISAB. Pero menos arregladas.

ESCENA IV

DICHOS: CRIADA 1.ª por izquierda, con una taza

CRIA. 1.ª Señorita, la manzanilla.

ISAB. Hágame usted el favor, sargento, que para usted es.

SARG. Se agradece, que traigo sed. (Desesperado.) Doña Isabel, estos potingues no se le dan a un hombre de bien.

ISAB. (Incomodada.) Una botella he pedido.

SEB. Como hace tres horas que no pedís más que éter, tila y té... Venga usted conmigo al comedor.

SARG. (Abrazándole.) ¡Qué hombre de ideas es usted! (A Isabel.) ¿Permite? (Mutis Sargento, Sebastián y Criada 1.ª.)

ESCENA V

ISABEL y PÉREZ

ISAB. Pérez... Coja la cestita de antes, ponga lo mismo que tuvo antes y aguarde a que vuelvan.

PÉREZ ¡No lo va a querer!

ISAB. Dile que es de parte mía.

PÉREZ Por eso no lo va a querer. Acuérdese usted.

ISAB. Quizás haya cambiado.

PÉREZ ¿Cambiar el capitán Valle?...

ISAB. El... y todos. Los días tienen las mismas horas... y las horas no son las mismas todos los días. Llévalo, llévalo.

PÉREZ Por obedecer; pero sin esperanza.

ISAB. La esperanza es mía. Llévalo.

PÉREZ Bueno. (Mutis por el foro.)

ISAB. (Marchando hacia derecha y desatando o desabrochando el peinador.) ¡A la par que amanece el día vuelven a amanecer mis ilusiones!...

ESCENA VI

ISABEL, SARGENTO por izquierda

SARG. (Rápido.) ¡Doña Isabelita, doña Isabelita! (Viendo el descote: emocionado.)

ISAB. ¡Hable! Hable. (Riñéndole afectuosa.)

SARG. Allá voy. Le he dado esquinazo al señorito ese.

ISAB. Está muy bien, sí. ¿Y el recado?

SARG. El recadito es de ole. El capitán don Santiago Valle... ¿creo que se llama Valle?

ISAB. (Pegándole afectuosamente con el abanico.) Ande, hable.

SARG. Me dijo que la quería saludar a usted... que le va a pedir permiso al Teniente Coronel, y en cuanto se lo conceda, que vendrá al galope. ¿Eh?

ISAB. ¿Nada más?

SARG. No va a venir desbocado, que el de abajo no tiene el mismo interés que el de arriba.

ISAB. Será bien recibido.

SARG. Todos vuelven muy contentos. El único que va a pagar los platos rotos es García, el pobrecillo cabo García.

ISAB. ¿Está herido?

SARG. No lo sabe aún. Pero ha llegado tarde a formar y sin espuelas, que las perdió no recuerda dónde.

ISAB. ¿Serán unas que aparecieron en la cocina?

SARG. Por ahí, por ahí deben estar; por la cocina o por la cocinera. Y aunque ese hombre es mi condenación, yo le suplico a usted que le diga una palabrita al Teniente Coronel, porque el cabo, al fin y al cabo es un hombre, y la otra será una mujer... y todos somos hombres y mujeres, y todos perdemos las espuelas y el sentido y el hablar y...

ISAB. (Atajándole.) Pediré por él... y dispense, que voy a vestirme.

SARG. Yo aguardaré por allá. Y de paso veo si la moza esa valía o no valía... ¡y si valía, por quitarle esas proporciones a un superior, le doy una morrada al cabo que le espampano!

ISAB. Vaya, vaya.

ESCENA VII

DICHOS. PÉREZ por el foro

PÉREZ ¡Señorita!... ¡Aceptó!... ¿Quién lo iba a decir?

ISAB. Y las horas no son las mismas todos los días. ¿Lo ves?

PÉREZ Lo veo. (Mutis Isabel por derecha. Cuando vuelve a salir, puede traer el mismo traje del acto segundo o uno distinto.)

SARG. ¿Qué es?

PÉREZ Que le he llevado al capitán Valle una do-

cena de emparedados y una botella de champagne.

SARG. ¿Y se la ha vuelto usted a traer?

PÉREZ Vuelto, sí. Se ha bebido dos copas seguidas.

SARG. Y yo ausente.

PÉREZ Y no se comió juntos los doce emparedados porque la boca es algo pequeña.

SARG. ¿Es cierto eso?

PÉREZ Por mi salud.

SARG ¡Olé, Pérez!

PÉREZ Gracias. ¡Olé, sargento!

SARG. Y además, eso no es comer emparedados.

PÉREZ Vaya si lo es.

SARG. No, Pérez, no. Eso es admitir un obsequio y decirle con finura a la persona en cuestión: «Se acabó todo lo malo entre nosotros y estoy por ti otra vez, prenda. Manda más cosas.»

PÉREZ ¿Usted cree? ..

SARG. Que la señorita Isabel y mi capitán se vuelven a meter al trote largo en el asunto ese de las noches claras... y etcétera.

PÉREZ ¿Cómó etcétera?

SARG. (Dándole un empellón.) ¿Voy a tener que explicarle a usted lo que es un etcétera, so lila?

PÉREZ ¿Que se arreglan?

SARG. Erre. Y voy a ver si con la alegría se salva algo de la botella (Mutis foro.)

PÉREZ Es un joven y parece un viejo bueno en lo de alegrarse con la alegría de otros.

ESCENA VIII

PÉREZ, PEPITA, por izquierda, con una botella de Champagne y una copa

PEPITA (Vestida de baile completamente.) ¿Y el sargento?

PÉREZ Se ha marchado.

PEPITA Ahora que iba yo a invitarle...

PÉREZ (Recogiendo la botella y la copa.) ¿Quiere usted que se la lleve?

PEPITA No. Ya volverá.

ESCENA IX

DICHOS. El TENIENTE CORONEL, por foro

T. COR. ¿Se puede?

PEPITA Enhorabuena.

T. COR. Al revés: dos veces de pésame. Una, por haberlas abandonado a ustedes, y otra, por no conseguir nuestro propósito de sentar la mano a esos pillos.

PEPITA Ya los alcanzarán.

T. COR. Lo dudo. (A Pérez.) ¿Quiere usted preguntar a la señora si podré saludarla? (Mutis Pérez por izquierda.)

PEPITA ¿No vendrán los demás?

T. COR. Sí. Menos el capitán Valle, que está de vigilancia.

PÉREZ Un momento podría cambiar con un compañero.

T. COR. Es verdad, pero yo no he querido, a pesar de que él lo pretendía.

PEPITA ¿Y se conforma?

T. COR. ¿Qué remedio si no conformarse? Y estando yo aquí no le queda ni el recurso de la desobediencia.

PEPITA Es usted muy severo... demasiado severo.

T. COR. No esperaba que usted lo agradeciera, pero tampoco que usted lo censurara.

PEPITA ¿Y qué tengo yo que ver en esto?

T. COR. Algo. Para no consentir que venga ese oficial hay la razón de la tranquilidad de una señora.

PEPITA ¿Que se llama?...

T. COR. ¿Usted exige el nombre?

PEPITA ¡Vamos, venga!

T. COR. Pues vaya: Pepita.

PEPITA Pepitas hay muchas y de varias clases.

T. COR. Pepita Jiménez.

PEPITA ¿Yo?... ¡Ay, mi querido coronel, está usted haciendo de paloma mensajera... de esas que llevan mensajes y no saben nunca lo que llevan!

T. COR. ¿A usted no le importa que entre aquí el capitán Valle?

PEPITA No.

T. COR. ¿No están ustedes reñidos?

PEPITA No, ni hay por qué.

T. COR ¿No tuvieron ustedes amores?

PEPITA Jamás.

T. COR. ¡Entonces, quien me lo dijo se ha burlado de nosotros dos!

PEPITA De usted solo... y basta. Pero en fin, usted me dió un nombre—el mío—callándose el cuento; y yo, para corresponderle, voy a ser más generosa, diciéndole a usted otro nombre.

T. COR. ¿El mío?

PEPITA No, porque ese lo debe usted saber. Otro... y además el cuento, en que intervienen uno y una.

T. COR. Esos son los interesantes.

PEPITA También lo son cuando hay dos y una... Lo va usted a ver. Un caballero muy simpático, de posición muy envidiable...

T. COR. ¿Militar?

PEPITA Bueno... Joven...

T. COR. ¿Ah, joven?

PEPITA De veintitantos... a cincuenta.

T. COR. Queda bastante margen.

PEPITA Eso creo. Enamorado de una mujer encantadora...

T. COR. ¿Soltera?

PEPITA Esas son moninas, lindas, preciosas... pero encantadoras no son más que las casadas y las viudas. Una mujer con todas las perfecciones apetecibles, y alguna más que ella se imagine tener, pero tan esquiva, tanto... hablan las crónicas, no yo... tanto, que su fama se ha obscurecido con su leyenda de desdenes.

T. COR. ¿Dibuja usted, Pepita?

PEPITA No, ¿por qué?

T. COR. Tiene usted la mano firme para retratos.

PEPITA Puede que me dedique ahora. El caballero en cuestión, persuadido de la leyenda, enmudece ante la dama, limitándose a suspirar como un cadete, mientras ella manda recaditos misteriosos a un galán que se oculta y que se niega a venir.

T. COR. Dígame usted el nombre de la dama burla-

dora y yo le diré a usted en cambio el de quien me dió la referencia en lo suyo, Pepita.

PEPITA ¿Nombre por nombre?

T. COR. Eso es.

PEPITA Aceptado. Dígalo usted primero.

T. COR. No, primero usted.

PEPITA No, no, usted... ¿Los dos a un tiempo?

T. COR. Mejor será.

PEPITA A una, a dos, y a tres. (Los dos parece que van a pronunciarlo y los dos se callan a ver si el otro lo dice.) ¿Vamos letra por letra?

T. COR. Vamos. I...

PEPITA ¿Y qué?

T. COR. Es ya la primera.

PEPITA I...

T. COR. I, sí.

PEPITA Que también es la primera del mío.

T. COR. I...

PEPITA I...

T. COR. S...

PEPITA S....

T. COR. A...

PEPITA A...

T. COR. Isa...

PEPITA bel.

T. COR. ¡Isabel! Como la pescara en el Regimiento, le aseguro a usted...

PEPITA No asegure usted nada, que por el Regimiento no la va usted a pescar.

T. COR. ¿Quiere usted unirse a mí para devolver la burla?

PEPITA No. Sabemos ya lo bastante los dos: que cada cual escoja su camino. (Marchando.)

T. COR. Escúcheme usted.

PEPITA (Saludando militarmente.) A la orden, mi Coronel. (Mutis por derecha.)

T. COR. A los pies de usted, Pepita.

ESCENA X

El TENIENTE CORONEL, RODRIGO por foro

ROD. Los compañeros me ruegan que le pregunte a usted si pueden venir ya.

T. COR. No. Que atiendan a su obligación.

ROD. A no ser que disponga usted algo nuevo, en el pie a tierra y descansen no tenemos nada que hacer. Y, en cambio, aquí han quedado algunos asuntillos por rematar.

T. COR. Lo siento.

ROD. Si no todos a la vez, podríamos turnar.

T. COR. No.

ROD. (Cuadrándose y secamente.) ¿Manda usted alguna cosa?

T. COR. (Dulcificándose.) Mandar, no; les suplico que no insistan en volver a esta casa. Yo no tolero que se burlen de mis oficiales.

ROD. Pues lo mío llevaba unas trazas de formalidad, que metía miedo.

T. COR Se reían de usted, Rodrigo.

ROD. Eso es lo corriente. De sobra sabe usted que en regalías de amor las mujeres se ríen antes, los hombres después, y los que se casan, ni antes ni después.

T. COR. Pero eso es cuando no hay otro por medio.

ROD. Yo le juro a usted que en mis conversaciones con la Pepita Jiménez no había otro por medio, ni sitio para el otro.

T. COR. Ocasiones tendrá usted de convencerse más. Ahora, le suplico que no insista.

ROD. Lo que usted ordene. A su disposición. (Mutis por foro.)

ESCENA XI

El TENIENTE CORONEL, ISABEL, por derecha

ISABEL (Muy risueña.) Mi felicitación más sincera por...

T. COR. (Cortés, pero frío.) Por nada.

ISABEL El haberse librado de...

T. COR. Lo de esta noche, todo lo de esta noche, no merece la mole-tia de hablarlo.

ISABEL (Quedándose cortada.) ¿No?...

T. COR. No. Me permití molestarla para darle a usted las gracias en nombre de todos.

ISABEL Espero despedirme de cada uno.

T. COR. No entrarán.

ISABEL ¿Ninguno?

T. Cor. Ninguno.

Isabel El servicio requiere...

T. Cor. Sí.

Isabel ¿Esta descortesía?

T. Cor. ¡Señora!

Isabel Hace usted mal en ofenderse por una palabra cuando yo no me muestro ofendida por todas las suyas.

T. Cor. ¡Usted se ha burlado de mí!

Isabel Pero eso, aun siendo verdad, que no lo es, aun siendo verdad, sería una cuenta entre usted y yo. ¿Por qué incluye usted en ella a los demás?

T. Cor. Perdone usted. Entrarán. Todos menos el capitán Valle, a quien usted puso el veto, preocupándose por Pepita Jimenez mucho más de lo que ella misma se preocupa.

Isabel ¿Es el veto mío lo que impide su entrada? Pues yo le ruego a usted que la autorice.

T. Cor. Es que ahora mismo se lo había negado.

Isabel Pues mantenga usted su negativa; pero la de usted, no la mía.

T. Cor. Entrará.

Isabel A gusto de usted.

T. Cor. Una pregunta, si no la conceptúa indiscreta: Pepita Jiménez, ¿es muy amiga de usted?

Isabel Mucho. Todo el mal que le haya dicho de mí, puede usted creerlo.

T. Cor. Me refirió una historia... y lo único que puse en claro ha sido el persuadirme de que usted no se portó lealmente conmigo.

Isabel ¿Leal?... Dicen que son muy contados los leales, y sin embargo, de todo el mundo aguardamos lealtad. Pero entre usted y yo pronto lo averiguaremos. Nosotros no ventilamos intereses, ni negocios, ni apenas amistades. Hace un año, poco más o menos, que usted ha tenido la atención de mirarme alguna vez, pero sin hablarnos ninguna hasta hoy. ¿Es verdad esto?

T. Cor. Es verdad.

Isabel Queda como único capítulo de cargos, el de la inclinación, o de la simpatía, o del afecto de usted hacia mí.

T. Cor. El del amor.

Isabel Pongámoslo con letra grande. *Capítulo de*

amor. En ese terreno, traidora es la que lo finge y no lo siente. ¿No es el caso mío, verdad?

T. COR. No, señora.

ISABEL Traidora puede ser incluso la que acepta que le hablen de amor no pensando en corresponderlo. ¿No es el caso mío, verdad?

T. COR. No, señora.

ISABEL Y traición es querer a otro cuando a uno se le debe el amor o por lo menos la fidelidad. ¿Tampoco es el caso?

T. COR. Tampoco.

ISABEL Entonces, tiene usted la bondad de explicarme, si es que usted lo sabe, ¿en qué o por qué no he sido leal con usted?

T. COR. En no quitarme las esperanzas.

ISABEL No sé cómo se quitan.

T. COR. Con un gesto.

ISABEL No.

T. COR. Con una palabra.

ISABEL No...

T. COR. O con un desdén, de esos que tanto prodiga la que han dado en llamar Doña Desdenes.

ISABEL No, no, no... ¡Gestos y palabras y desdenes no quebrantan una firmeza! Yo sé de quien se ha visto en trance de muchos desaires y en hora de muchísimos desprecios, y aunque a la fuerza se le hundió alguna realidad, no se hundió ni vaciló siquiera una sola de sus esperanzas.

T. COR. ¿Fué usted misma?

ISABEL ¿Qué más da quien fuera?

T. COR. ¿Y sigue adorando?

ISABEL Adorar es una expresión demasiado divina, y le cuadra mal a pasiones demasiado humanas.

T. COR. ¿Queriendo?... Si antes hubiera yo sabido eso, no cometería la torpeza de sitiar plaza que ya rindió...

ISABEL Antes no hubo razón para decírselo, e hizo falta que yo le estimara a usted y que usted se considerase ofendido para obligarme a revelar una intimidad.

T. COR. Que dicha antes nos hubiera evitado....

ISABEL Dispense usted. . Dicha en cualquier momento y sin muchas razones, no sería una inti-

midad, sería un pregón. Y a eso no estoy obligada.

T. COR. He sido muy torpe al ignorarlo...

ISABEL No, eso no.

T. COR. Y vuelvo a ser muy torpe al enfadarme por saberlo... ¿Eso sí?

ISABEL Eso sí; pero ningún mal es irreparable cuando se comete, sino después cuando le aplicamos rencores y venganzas en lugar de irle buscando remedios y compensaciones.

T. COR. Y yo no quiero añadirme esa torpeza. Para rectificar mi conducta, llegando a ser amigos, muy buenos, pero amigos únicamente, ha de empezar usted por someterse a una pequeña humillación: la de oir sin responder durante el breve espacio de un minuto.

ISAB. Concedido. (Colocando el brazo de ella en el suyo.)

T. COR. Pues atención; el minuto empieza. Hace mucho tiempo, y no recuerdo en dónde, me contaron la historia de una mujer, mil veces encantadora, enamorada firmemente de no sé qué bizarro capitán. (Isabel, que sonríe, se suelta bruscamente del brazo, quedando muy seria. El Teniente Coronel, con dulzura, vuelve a coger la mano de Isabel y a colocar el brazo en el suyo.) Y me contaron aun más: que un jefe, atraído por la fama de esa mujer, que acumulaba en ella delicias y desdenes, llegó á su lado, se rindió, como todos, al encanto, y después, como todos, tuvo un instante de enojo y de cólera al verse rechazado. Y lo más peregrino del caso fué que empezara enamorándose de ella y concluyese protegiendo sus amores con otro... (Isabel vuelve a soltarse del brazo: el Teniente Coronel sigue a la ventana y llama.) ¡Sargento Pablo! (A Isabel.) Es una historia inverosímil, absurda... (Llamando.) ¡Sargento! (A Isabel.) Tan absurda que yo la he creído a pies juntillos, pero usted hará perfectamente en no darle crédito ninguno.

ESCENA XII

DICHOS. SARGENTO, por el foro

SARG. (Precipitado.) A la orden.

T. COR. Dile al capitán Valle y a los demás oficiales que pueden subir a despedirse de estas señoras.

SARG. (Brincando.) ¡Olé!

T. COR. ¿Qué es eso? ¡Tres días de arresto, sargento!

SARG. Y me pone usted seis y es igual: es el doble, pero es igual de gusto.

T. COR. Bueno, pues...

ISAB. Pasó el minuto de silencio... Al romperlo, mi primera palabra es de perdón.

T. COR. Vete en paz... ¡y dale las gracias!

SARG. (Aparte a Isabel.) Doña Isabelita... ¡meta usted al cabo García!

ISAB. ¿Dónde?

SARG. En el perdón.

T. COR. ¡Y largo!

SARG. ¡Por el aire volvemos. (Mutis rápido por el foro.)

ESCENA XIII

ISABEL y el TENIENTE CORONEL

ISAB. Cuánta gente buena hay en el mundo...

T. COR. Mucha, pero me costaría trabajo citar el nombre de alguién.

ISAB. ¿Lo digo yo?... Pues uno, el sargento.

T. COR. Uno.

ISAB. ¿Otro?... Un señor Coronel que perdona al cabo García...

T. COR. No. Llegó tarde a formar, y...

ISAB. Ya lo sé. El amor. ¿No dispensará usted la falta por el motivo?

T. COR. Le perdonaré también. Hoy estoy completamente dentro de lo inverosímil. (Saludando.) Con su venia, señora...

ISAB. Hasta siempre. (Dándole la mano muy afectuosa. Mutis Teniente Coronel por la izquierda.)

ESCENA XIV

ISABEL, PEPITA, por derecha. Dentro de lo inverosímil

ISAB. (Entrando lentamente.) ¿Escuchabas?

PEPITA Oía, que no es lo mismo.

ISAB. Entonces sabrás...

PEPITA Absolutamente nada. Y por saber algo te buscaba.

ISAB. ¿Algo de quién?

PEPITA Mío.

ISAB. ¿Ignoras lo tuyo?

PEPITA Es curioso, ¿verdad?... Pero así es. No sé absolutamente nada de lo que cuentan de mí.

ISAB. ¿Y te figuras que yo?...

PEPITA Tampoco me lo figuro: no hago más que preguntarte.

ISAB. Eso nunca es peligroso.

PEPITA Al contrario, muy útil. Y en el supuesto de que hayan podido censurarme, la mayor satisfacción sería que trajeran el cuento a tus oídos, en la seguridad plena de que tú me defenderías, afeando además la conducta del calumniador.

ISAB. En el caso de que fuera calumnia.

PEPITA Exactamente.

ISAB. Pues tranquilízate: nadie me contó de ti ninguna mentira.

PEPITA ¿Y verdades?

ISAB. Verdades, sí; pero tú no eres de las que se pueden intranquilizar por ellas.

PEPITA No.

ISAB. Me consta.

PEPITA Pues encontrándonos tan firmes en nuestra amistad, ya no tengo temor a que interpretes mal una noticia. El teniente coronel cree que Santiago Valle está enamorado de mí, y para evitarme el encuentro poco grato no le consiente entrar en la casa... ¿Quién le habrá dicho tal disparate?

ISAB. Un disparate lo dice cualquiera. Y para que veas las vueltas que le dan a una misma noticia... ¿a que no aciertas lo que suponen?

PEPITA ¿Que efectivamente me quiere?

ISAB. Ya apostaba yo a que no acertarías.

PEPITA ¿Que le quiero yo?

ISAB. Tú sabrás.

PEPITA (Incomodada.) ¡Pregunto si dicen eso!

ISAB. (Inocente.) No, mujer, no.

PEPITA Entonces ¿qué?

ISAB. Pues dijeron que Santiago está en amores —o en celos de amores—conmigo.

PEPITA ¿Y esa es la causa de no dejarle entrar?

ISAB. Y esa es la causa de que entre ahora mismo.

PEPITA ¿Le mandó a llamar?

ISAB. No. Accede a que venga.

PEPITA Eso no es cierto.

ISAB. No tardarás en convencerte.

PEPITA ¿Y el Teniente Coronel hace esos papeles de intermediario?

ISAB. No habrá aprendido aun los de cizañero.

PEPITA ¡Isabel!

ISAB. ¿Tienes tú la exclusiva?

PEPITA Eso me molesta.

ISAB. Y con mucha razón. Precisamente porque no lo eres, no debías molestarte ni pensar en verte aludida siquiera cuando se nombra a cizañeros y a enredadores.

PEPITA (Calmándose.) Eres deliciosa.

ISAB. Y si no lo soy, quisiera serlo.

PEPITA Lo esencial es que lo tuyo va camino de boda. Pues mi enhorabuena.

ISAB. Si llegamos a ello no olvidaré la satisfacción tuya por mi felicidad.

PEPITA Ya puedes estar cierta de que lo celebro con el alma.

ISAB. Si no lo estuviera, no te lo diría tan pronto.

PEPITA Me marcho encantada.

ISAB. ¡No te marches!

PEPITA De la habitación: a otra, a los salones.

ISAB. Eso a donde quieras. Adiós, Pepita.

PEPITA Adios, Isabelita.

ISAB. Y perdona si te gané la partida.

PEPITA Por casarse contigo no soy yo la que pierde.

ISAB. ¿Yo?...

PEPITA Tampoco: él. Y además, conmigo no era posible el matrimonio.

ISAB. (Con candidez.) Es verdad: nos olvidábamos de tu marido.

PEPITA Tú, tú; yo no. Adiós, Isabelita. (Mutis por izquierda.)

ISAB. Adiós, Pepita.

ESCENA XV

ISABEL, SARGENTO, por el foro

SARG. Viene en seguida. Tardará una miaja, porque estaba sentado en una piedra.

ISAB. Con levantarse, despachaba.

SARG. ¡Sí, sí, despachar! Y las botas con un poco de barro y el pantalón con un poco de polvo... y todo eso hay que quitarlo cuando se viene de visita para que las señoras no digan que no hay aseo personal.

ISAB. (Pendiente de atender a la ventana, mirando a ver si divisa a Santiago.) ¿Es presumido?

SARG. Todos lo somos, y eso que algunos, como yo esta noche, presumimos para las once mil vírgenes. ¡No esté usted impaciente!

ISAB. Es que tarda.

SARG. Tendrá más polvo del que yo creía.

ISAB. ¡Calle!

SARG. (Viendo a Sebastián.) Una mosca: habrá que espantarla.

ESCENA XVI

DICHOS. SEBASTIÁN, por izquierda

SEB. Tía Isabel, ¿por qué no vienes al salón?

SARG. ¡Qué oportuno es! Siempre tiene una idea para escacharrar a alguien.

SEB. ¿Eh, tía?

ISAB. Ahora iré. Me despedía del sargento.

SARG. Muchísimas gracias.

SEB. Es muy simpático.

SARG. Repito.

SEB. Es verdad.

SARG. ¡Usted sí que es un hombrecito! Ya me contaron, ya, la táctica de usted para defender el castillo...

SEB. No había elementos.

SARG. Aunque los hubiera.

SEB. E hice lo que pude buenamente, y con la mejor voluntad para servir y defender a las señoras. Puse unos hombres en la ventana...

SARG. Táctica.

SEB. Otros a la puerta.

SARG. Allí debían estar siempre la mayor parte y no dentro de casa, que son una plaga, como ese cabo, ese condenado cabo García, ¡que le voy a reventar!

SEB. Y yo vigilándolos a todos.

SARG. Basta. Usted ha nacido para la guerra: y si no ha nacido, se hizo después. Es muy posible que le den a usted alguna recompensa por su comportamiento.

SEB. No vale la pena.

SARG. ¿Que no vale?

SEB. Sí.. ¿Cree usted que el Teniente Coronel dirá algo en Madrid?

SARG. Eso cuente usted con que lo cuenta: en Madrid y en todas partes.

SEB. ¿Alguna cruz tal vez?

SARG. Lo menos. Así lo decía él.

SEB. (Entusiasmado.) ¿Lo decía el Teniente Coronel?

SARG. Sí, señor. ¿No lo oyó usted, doña Isabelita?

ISAB. No.

SARG. (Haciendole guiños desesperado.) Que si lo oyó usted.

ISAB. No lo oí.

SARG. Bueno, es igual. Hablaba con el capitán Rodrigo de las dos cosas, de usted, de la cruz, y yo he ligado todo eso.

SEB. Pues voy a verle.

SARG. Vaya.

SEB. ¿Vienes, tía?

ISAB. Ahora.

SARG. Detrás de usted.

SEB. Bueno. (Mutis por izquierda.)

SARG. Si manejaba usted al tío como yo manejo al sobrino, habrá usted sido muy feliz en su desgraciado matrimonio, doña Isabelita.

ISAB. (Secamente.) Mucho. ¿Pero usted dió el recado?

SARG. ¿Al capitán?... ¡Ahí está!

ISAB. Váyase usted. (Mutis Isabel rápidamente por derecha.)

SARG. (Asombrado.) ¿Y se marcha ella? (Queda a foro derecha.)

ESCENA XVII

El SARGENTO. SANTIAGO VALLE, con PÉREZ, por foro derecha

SANT. (Sin ver al Sargento.) ¿Se puede?

PÉREZ Yo avisaré a la señorita. (Mutis por izquierda.)

SARG. (Vas equivocado, Pérez.)

ISAB. (Saliendo naturalmente y sorprendiéndose algo.) Señor capitán... encantada de que honre usted mi casa.

SARG. (Pero qué sabiduría tienen las mujeres.)

SANT. Usted disculpará mi presencia sin haberle rogado previamente que la autorizara.

ISAB. ¿Dudaba usted de la respuesta?

SANT. No. Pero aun estando convencido no me hubiera tomado esa libertad. Entro y pido licencia despúes porque da la circunstancia de que he recibido un aviso.

SARG. (Los tres merecías.)

ISAB. ¿Del Teniente Coronel? Entonces no se lo agradezco a usted más que a medias.

SANT. ¿Nada más?

SARG. (Ahora se lo larga.)

SANT. Y tal vez ni eso merezca... Verdad que en este mundo, donde las apariencias engañan tanto, y solo por apariencias hemos de juzgar, ha de ser muy difícil dar a cada uno su merecido.

SARG. ¡No es eso lo que tiene usted que decir ahora, hombre!

(Isabel, que ha visto al Sargento, le manda retirar con un gesto disimulado para que no le vea Santiago. E Sargento va retirándose lentamente hacia foro, y atendiendo a la conversación.)

SANT. ¡Si usted sospechara qué noche tan cruel he pasado! .. Y eso que la noche era bien hermosa, con todo el esplendor de la luna...

SARG. (¡Déjese usted de lunas, hombre!)

SANT. Que me traía a la memoria otros tiempos más dichosos en que tuve todas las felicidades, incluso amor.

SARG. (Duro ahí!)

SANT. Mas tarde, mientras galopábamos monte arriba en busca del fantástico enemigo, ansiosos de pelea y ávidos de laureles...

SARG. (¿Le va a contar la expedición? No es eso lo del caso.)

SANT. Cuando todos pensaban en la muerte ó en la gloria...

SARG. (¡No es eso!)

SANT. Yo no podía apartar del pensamiento la visión del amor y la imagen de una mujer.

SARG. (Aparte, pero fuerte y contento) ¡Eso es!

SANT. (Que ahora oye al Sargento.) ¿Qué hace usted aquí, sargento?

SARG. (¿Qué haré yo aquí, Señor?)

SANT. ¡A usted le voy á sentar yo la mano muy duramente!

ISAB. Ha cumplido una orden del Coronel.

SARG. Claro.

SANT. ¿Y ahora por qué no se retira?

ISAB. Porque usted no se lo manda.

SARG. ¡Claro!

SANT. ¿Tengo yo la culpa?

ISAB. ¡Evidente!

SANT. (Riendo.) Perdone usted, sargento, que le haya molestado.

SARG. No diga usted más: está usted perdonado, mi capitán.

SANT. Y ahora ¿quiere usted hacer el favor de retirarse, sargento?

SARG. Con muchísimo gusto.

ISAB. Por allí encontrará usted a Perez. (Por la izquierda.) Dígale de mi parte que le obsequie.

SARG. Se lo *Perezdiré*. Doña Isabelita, si hubiera un hombre con la mitad del talento de una mujer, a todos los hombres que se creen con talento había que ponerles una falda de las de *entravé*.

ISAB. (Empujándole.) Ande, váyase. (Isabel le empuja y mutis Sargento por izquierda.)

ESCENA XVIII

ISABEL y SANTIAGO

SANT. (Acercándose a ella mientras Isabel, riendo, se convence de que el Sargento se marcha. Muy bajito y muy amoroso) Te quiero, Isabel...

ISAB. Ya lo sé. Y tú lo sabes de mí. Pero eso aún

no es lo que necesitamos para nuestra vida futura.

SANT. ¿Me perdonas?

ISAB. Tampoco es eso. Ni perdón tuyo ni perdón mío.

SANT. ¿Deseas que reniegue de todo lo pasado y que empecemos hoy la cuenta de nuestra vida?

ISAB. Ahí, ahí es en donde te espero. Sin renegar, porque eso es inútil; sin pretender que no haya existido, porque eso es absurdo, dime tú si me quieres para el resto de la vida con todo el bagaje que traigo de la vida que ya pasó.

SANT. Así te quiero.

ISAB. Pues así, y no de otra manera, te quiero yo, Santiago. (Entregándole su mano.)

SANT. (Reteniéndola.) ¿Y aguardabas por mí?

ISAB. Ya ves si aguardaría, que doña Desdenes me llamaron.

SANT. ¡Isabel!

ISAB. Pero tú merecías que al llegar a buscarme continuara siendo yo doña Desdenes.

SANT. (Asombrado.) ¿Conmigo?

ISAB. Un momento siquiera, para castigarte.

SANT. ¡Imposible!

ISAB. ¿Por qué?

SANT. ¿Conmigo?... (Abrazándola.) No podía ser, no podía ser.

ISAB. Si empezabas así, claro que no.

SANT. Pues así empiezo á preguntarte si me quieres. (Quedan un momento abrazados.)

ESCENA XIX

DICHOS, PEPITA y RODRIGO, por izquierda. Rodrigo al ver a los otros abrazados abraza a Pepita

PEPITA (Defendiéndose.) ¿Qué hace usted?

ROD. Como lo ví hacer, creí que era una costumbre de la casa.

PEPITA ¡Pues no, señor!

ESCENA XX

DICHOS, el TENIENTE CORONEL y el SARGENTO por izquierda

SARG. Mire usted, mire usted... ¡esto es superior!

T. COR. ¿Por qué me pone usted la mano encima?... ¡Una semana de arresto, sargento! (Continúa a saludar a Isabel)

SARG. Está muy bien. Pero es muy grande lo que a mí me pasa. ¡Señor! Si se pelean, arrestado tres días; si se abrazan, arrestado una semana... ¡Si los llega a pescar con más intimidad, me paso yo la vida en un calabozo!

SANT. Perdone usted, mi Teniente Coronel...

T. COR. ¡Enhorabuena, enhorabuena!...

SARG. (¿Y qué culpa tengo yo de que se den achuchones, señor?)

ESCENA XXI

DICHOS, SEBASTIÁN; por izquierda

SEB. (Al Sargento.) Mi Coronel, mi Coronel...

SARG. (Empujándole.) ¡Que no soy yo, hombre!

T. COR. ¿Qué es?

SEB. Muchísimas gracias por las buenas ausencias que hizo usted de mí.

T. COR. Yo no he hablado de usted para nada.

SEB. ¿Cómo que no? El sargento me dijo que le oyera a usted lo de la cruz...

T. COR. ¿Qué cruz? ¡ ¡Sargento!!!

SARG. (Desesperado.) ¡Adió-!

T. COR. Dos semanas más de calabozo.

SARG. ¡Bueno! Lo de la cruz ha salido verdad, ¡pero es para mí! ¡Qué desgraciados somos los sargentos!

ESCENA XXII

DICHOS, CRIADA 1.ª por derecha

CRIADA 1.ª (Lloriqueando.) Señorita... las espuelas...
T. COR. ¿De quién son?
CRIADA 1.ª Mías... es decir, mías no señor.
SARG. (Corriendo a cogerlas.) Del cabo García... ¡Maldita sea su estampa!
T. COR. ¡Sargento!
SARG. (Cuadrándose: aparte.) (Diez y ocho siglos bajo tierra!)
ISAB. Mi Coronel, la presencia de ustedes me trajo la felicidad. Que de mi casa no salga nadie con un disgusto.
T. COR. Será usted complacida una vez más.
ISAB. Gracias.
T. COR. ¿Y cuándo la boda?
SANT. Muy pronto.
ISAB. ¿Irán ustedes... todos?
SEB. (Afligido.) Tía... ¿Vas a dejar de ser mi tía?
PEPITA No. Así será que tendrá usted un tío más.
SARG. (Aparte a la criada.) ¿Enamorarse de un cabo?... ¡Tonta! ¡Se ha perdido usted un sargento! (Dándola un empellón. Todos felicitan a Isabel. La criada sigue lloriqueando.)

TELON

Precio: TRES pesetas